

Índice

- 4** **NOTA EDITORIAL**

- 5** **La solución del obsesivo**
RICARDO SELDES

- 15** **Neurosis obsesiva**
MÓNICA PÉREZ

- 18** **Apuntes sobre la neurosis obsesiva
y su relación con el deseo**
XIMENA RODRÍGUEZ

- 25** **Neurosis obsesiva bajo transferencia
y el resorte del amor**
ANDREA MATTIAZZO

- 29** **Cuerpo y locuras obsesivas**
SANTIAGO FERREIRA

- 33** **El tiempo en la neurosis obsesiva**
ANDREA FERNÁNDEZ

- 35** **El obsesivo y el analista**
SILVIA B. BOTTAZZI

- 38** **El obsesivo y la lógica de grupo**
ANA INÉS BERTÓN

- 43** **Daniel Barbeito**



Nota editorial

La clínica psicoanalítica ha estado desde los inicios enlazada a la histeria y al descubrimiento del inconsciente. Sin embargo, es también cierto que el encuentro de Freud con la neurosis obsesiva repercutió directamente en su desciframiento.

Este número especial de la revista Repique abre con la conferencia “La solución del obsesivo” de Ricardo Seldes, dictada en el año 2016 en el marco del que fuera el Grupo Lacaniano Montevideo. De ella se desprende una enriquecedora enseñanza acerca de la neurosis y, en particular, de la estructura obsesiva. La comisión saliente de publicaciones quiere brindar un agradecimiento especial a Ricardo por aceptar su inclusión en este número.

El lector podrá encontrar una serie de textos que trabajan los fundamentos de la clínica psicoanalítica y la estructura obsesiva: el obsesivo y la relación con su deseo, la clínica bajo transferencia, el síntoma y el cuerpo, y la temporalidad obsesiva. Por último, algunas resonancias y consideraciones sobre la formación del analista y la Escuela, las cuales se desprenden de la problematización de la lógica obsesiva.

Asimismo, la comisión saliente quiere agradecer a Mónica Pérez, Andrea Mattiazo, Andrea Fernández, Silvia Bottazzi y Ana Inés Bertón por el compromiso y el trabajo dedicado a esta publicación. En este tiempo de movimiento hacia la Escuela, lo que comenzó como un proyecto en formato libro, en continuidad con la Colección de la Orientación Lacaniana en Uruguay, culmina con esta nueva edición especial de Repique.

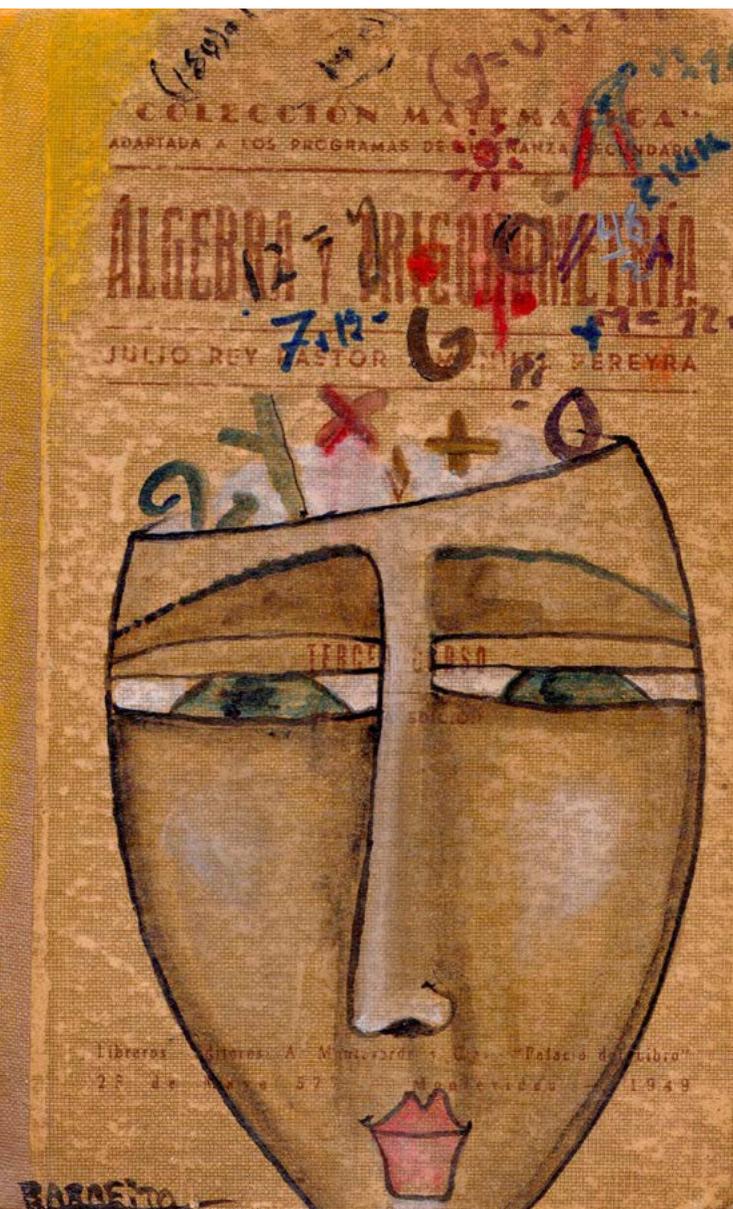
Para finalizar, la comisión quiere expresar el saber extraído a partir de esta experiencia, en tanto entiende esta publicación como parte del movimiento hacia la Escuela: **una publicación que sostiene el deseo de difundir nuestra clínica a través de la escritura y la lectura. Mostrar lo que hacemos y así acercar los fundamentos del psicoanálisis lacaniano al lector.**

Comisión saliente de Publicaciones

**Santiago Ferreira
Laura Debenedetti
Ximena Rodríguez**

La solución del obsesivo¹

RICARDO SELDES



La idea es un poco desmitificar la mala prensa que tiene la neurosis obsesiva. Quiero hacer una suerte de desagravio a esos hombres y mujeres notables para el psicoanálisis que han aportado cierto oro: un oro que nos permite captar, de una manera directa, en qué sentido el inconsciente está hecho de pensamientos. Pensamiento que podemos decir están hechos a la manera de fórmulas casi escritas, aunque el sujeto las conoce poco o de manera desplazada. Me gusta hacer esto porque entiendo que hay una contribución del obsesivo al descubrimiento del inconsciente, porque todas las loas han ido siempre a la histeria y porque, para Lacan, la obsesión es una prueba fehaciente del inconsciente. Freud va a decir que la neurosis obsesiva es el objeto más interesante y remunerativo de la indagación analítica; lo va a decir en un texto precioso para captar la cuestión del síntoma obsesivo, que es *Inhibición, síntoma y angustia*². Freud lo dice ya desde el inicio de su obra, los obsesivos no son tan accesibles al análisis como son las histerias. Y esto es porque los obsesivos tienen menos razones para consultar, 'aparentemente'. Cuando le pasé el título a Marcelo, me dijo 'es un título un poco enigmático' porque uno por lo general, siempre piensa en los problemas del obsesivo. Pero vamos a tratar de pensar qué tipo de soluciones nos permite pensar la obsesión.

La obsesión es una solución a algo que los mismos sujetos no saben. No saben de

¹ Extracto del Seminario 'La solución del obsesivo', dictada en Montevideo, agosto de 2016.

² Freud, S. (1925) *Inhibición, síntoma y angustia*, Buenos Aires, Amorrortu, 2016.

qué es una solución. La suelen esconder en la vida social y acuden al analista cuando esa solución propia, inventada, ha fallado, y cuando el estado suele ser muy angustioso. Es raro que consulten sujetos, que podemos diagnosticar como obsesivos, con una leve angustia; en general, cuando consultan es cuando ya están pasados de rosca. Entonces, nos encontramos con sujetos que ya están en estado de urgencia. Se ven mucho más las urgencias en obsesiones que en histerias. Es cuando se ven obligados a salir de un diálogo, que no es un diálogo con el Otro, sino consigo mismos. Parece un oxímoron decirlo así, es más bien un monólogo. Por eso Freud dice que se hace a veces un poco complicada la entrada en análisis de los obsesivos. Les cuesta dirigirse al Otro, les cuesta hacer una demanda al Otro. Sin embargo, podemos pensar que, en la misma comparación que Freud hace con el síntoma histérico, Freud decía que el síntoma histérico suele manifestarse de los modos más expresivos, mientras que el síntoma obsesivo suele ser más discreto, por cuanto se concentra más en el dominio psíquico, en el pensamiento.

El gran descubrimiento en la enseñanza de Freud y Lacan es que podemos ir viendo cómo el síntoma obsesivo y el pensamiento se nos van a presentar como un modo de gozar. Supuestamente estos síntomas no presentarían el salto psíquico a lo corporal, típico del síntoma histérico, que sería el síntoma conversivo, y supuestamente queda en el dominio de lo psíquico como un asunto más bien privado del sujeto. Sin embargo, vamos a tratar de ver cómo el síntoma obsesivo también es un asunto que implica al cuerpo. Quizás no tanto el cuerpo como el cuerpo que se le escapa a la histeria, porque el cuerpo histérico es el que rechaza la imposición del amo. El amo en el sentido de la biología, el amo de la biología: se separa del saber biológico. Lacan, en el *Seminario 17, El reverso del psicoanálisis*³, ha llamado un rechazo del cuerpo de la histeria. Un rechazo del cuerpo en el sentido de que es un rechazo del cuerpo orgánico, de la biología. Un órgano que funciona puede dejar de funcionar y producir trastornos psicógenos de la visión.

Suele ser más fácil pensar el síntoma conversivo como un acontecimiento de cuerpo, justamente como un suceso de cuerpo en ciertos lugares donde no se produce la identificación con el cuerpo. Algo queda excluido. Nosotros planteamos desde el psicoanálisis que hay acontecimientos discursivos, cuestiones que tienen que ver con la palabra, que dejan huellas en el cuerpo. Estas producen síntomas en el cuerpo. Lo decimos en la medida de que esos síntomas pueden ser leídos. Nos ubicamos en la dimensión del síntoma que puede ser descifrable. Siempre que pensamos en síntomas, desde el psicoanálisis, lo pensamos desde dos niveles: el síntoma descifrable y el síntoma no descifrable.

Por lo tanto, uno podría preguntarse ¿qué quiere decir hacer un análisis? De las tantas definiciones que podemos dar, podríamos, por ejemplo, referir a los acontecimientos de cuerpo en los que se trazan síntomas y en los que el cuerpo ha quedado comprometido. En términos metapsicológicos, se trata de poder seguir ese camino en donde la pulsión ha dejado una huella. En términos más modernos, se trata de poder captar de entrada, lo más temprano posible, la modalidad de goce de cada uno.

Quizás nos convenga hacer una pequeña comparación entre lo que es el síntoma histérico y el síntoma obsesivo. En el síntoma histérico hay cierto gusto por la huida, por la fuga, hay un componente fóbico siempre bastante cercano a la histeria. Pero se lo puede pensar también en otro sentido: a los sujetos histéricos les gusta lo que el Otro no dice. Captar, justamente, qué es lo que el Otro no ha dicho para poder encontrar lo que el Otro no sabe, aquello que se le escapa. Por eso son grandes analistas también, ¿no? Pero el problema es que a veces terminan identificándose con lo que al Otro se le escapa, y llegan al extremo de escaparse de sí mismos. ¿De qué manera? Produciendo un vacío, fugándose, quizás, a veces, por una excesiva presencia de un sentimiento, del afecto, de un afecto particular que tiene el sujeto histérico que es esa sensación de no estar nunca en su verdadero lugar.

³ Lacan, J., (1969-1970) El Seminario, Libro 17, El reverso del psicoanálisis, Buenos Aires, Paidós, 2008.

Los sujetos histéricos siempre tienen la sensación de que están en el lugar equivocado. Es decir, quizás para remedar un poco el tango, es el gusto y el dolor de no estar en su lugar. No voy a decir el gusto de ya no ser, no nos conviene nunca interpretar en términos del ser.

En general, los analistas tratamos de evitar las interpretaciones que incluyen al ser del otro porque, como ustedes seguramente lo han trabajado en 'La dirección de la cura'⁴, en general, uno cae, más bien, del lado de las desgracias del ser. Por lo tanto, esta es una indicación. En general, hay pocas indicaciones que uno tiene de lo que hay que hacer o no hacer, pero una de ellas es no interpretar en términos del ser, no coagular, no etiquetar.

Podemos ubicar al inicio casi, en las primeras entrevistas, cuando alguien se queja. Nosotros siempre pensamos de qué se satisface esta persona que se queja. Tratamos de no hacer ninguna revelación de inmediato, para no provocar estampidas (ya no huidas histéricas). Lo digo porque el sujeto histérico, a nivel de lo simbólico, trata de verificar bajo todas las formas posibles que es rechazado, que está fuera de lugar, es decir, que ocupa un lugar de excepción.

Pero esto no es solamente una atribución de la histeria. En la obsesión también hay un modo de ubicarse del lado del menos uno: el menos uno en el sentido de la exclusión, de la excepcionalidad. En la obsesión se ve de otra manera, bajo la forma de una cierta supresión voluntaria del sujeto. Hay una sustracción de los otros, de todos los otros y así arma un 'todismo', 'todas menos yo'. El obsesivo es el que más bien se aísla, se auto encierra: construye una fortaleza, un fuerte, dice Lacan. Un fuerte que lo protege de la intrusión del Otro, del gran Otro, sea quien sea que lo encarne. Pero, al hacerlo, lo hace al precio de quedar él mismo apresado. Como ven, hablo del sujeto histérico y del sujeto obsesivo para no ubicarlo en las referencias de hombre y mujer, sabemos muy bien que hay sujetos histéricos hombres y sujetos obsesivos mujeres.

Voy a relatarles, un caso que presentó un colega venezolano, Ronald Portillo, en un seminario que dio Miller, y que Miller

comentó en Caracas. Se trata de un joven de 26 años, completamente inhibido, un hombre que estuvo encerrado en su habitación y en un mutismo severo durante meses. Tanto es así que había una duda diagnóstica fuerte solamente por enterarse de esto.

Lo que se enteró nuestro colega es que este joven pasaba horas encerrado en su cuarto, pero como era un cuarto en suite, pasaba horas encerrado en el baño, con una acción ritualizada que implicaba limpiarse el ano infinidad de veces después de defecar. Observar una y otra vez el papel usado. Una vez que lo depositaba en un canasto cerrado, miraba sus heces, que estaban puras de otro objeto. No juntaba un objeto y otro, y se quedaba contemplando durante cierto tiempo las heces en el inodoro. Si todo el procedimiento había sido correcto, lo sancionaba con tres degluciones de saliva sin interrupción. Si algo de este ritual fallaba, tenía que volver a empezar todo. Lo mismo sucedía cuando se bañaba. Debía realizar varios movimientos, siempre los mismos y en un orden preestablecido, antes de pasarse el jabón por el ano, que era el momento más importante del ritual. Un ceremonial, fíjense que hablamos en términos casi religiosos, que concluía con las tres degluciones de saliva. Debido a estos ritos permanecía en el baño hasta nueve horas.

Como ven, el cuerpo está más que incluido en el síntoma obsesivo. Siempre se habla de las formaciones reactivas, y hay que entender que cuando surgen estas cosas con respecto al orden también tienen que ver con 'la orden', es decir, con tener que obedecer a mandatos disparatados, sin sentido, incluso para el mismo sujeto. Nos encontramos con sujetos muy inteligentes que se dan cuenta que tienen que realizar determinada acción en situaciones complicadísimas, situaciones que intentan que no sean sociales. Pero en estos mandatos disparatados, en estas órdenes insensatas, incluso para el mismo sujeto, hay una lógica.

Hoy nos ocupamos de la solución del obsesivo. Me encantó el afiche que hizo Ernesto Anzalone, le escribí para felicitarlo porque me pareció que era justa la cuestión

⁴ Lacan, J. (1958) "La dirección de la cura y los principios de su poder", Escritos II, Siglo Veintiuno, 1985.

de los objetos que miden, que cuentan, que cuentan significantes. Hay una lógica, una lógica implacable en las fórmulas. El pensamiento obsesivo compromete el cuerpo en esos actos que no tienen *ni pies ni cabeza*. Nunca mejor dicha la expresión sin pies ni cabeza, porque, verdaderamente, en la lógica que tienen los actos obsesivos van a encontrar que hay una fórmula. Una fórmula completamente lógica: si A, entonces B. Si hago tal cosa, entonces sucede esto, si no hago tal cosa, entonces sucede esto. Por ejemplo: si no doy tres vueltas, mi padre morirá.

Voy a seguir con el caso que les empecé a relatar, intercalando ciertas consideraciones teóricas para captarlo mejor. Me parece muy interesante y curioso ver el doble valor que tiene la cuestión del acto en los sujetos obsesivos. Por un lado, tenemos lo que se suele llamar la postergación indefinida. Un acto que siempre se va postergando y eso suele ser, a veces, muy largo, y le produce complicaciones enormes. O al revés, la salida compulsiva. Es la salida compulsiva del pensamiento vía el acto. De golpe se sienten disparados a producir un acto de aquel que fue postergado durante mucho tiempo. Esta actuación, así impulsiva, es cierta solución. Es una solución a la que podemos llamar la indeterminación del sujeto. La indeterminación del sujeto que tiene una fórmula muy clara, dicha por Lacan, que sería el sujeto barrado, y que, muchas veces, ante lo intolerable de sostener su posición dividida, escindida, produce actos.

Lacan define el pasaje al acto como la salida abrupta de la indeterminación del sujeto, de la indeterminación subjetiva. La mejor manera de pensar el pasaje al acto, por ejemplo, es la defenestración: es el sujeto que, transformado en objeto, sale de su indeterminación. Es curioso porque hay una gran cantidad de pasajes al acto de los obsesivos, a veces mucho más grandes que en las histerias. Nos conviene tratar de pensar, para ir viendo cómo modulamos esta cuestión de la solución del obsesivo, cuáles son las formas que toma el síntoma obsesivo. Freud los ubica como un trío: del lado de los impulsos, del lado de los actos y del lado de las ideas.

Los impulsos son impulsos extraños al pensamiento normal, habitual del sujeto. Algo que tiene una forma verdaderamente rara, sin sentido incluso para el sujeto. Actos cuya ejecución no les proporciona placer, pero a los que no se puede sustraer porque, si se sustrae, adviene la angustia. Por último, ideas, que son ideas fijas, en el medio de una actividad se les cruza una idea fija y les arruina el día. Este trío sintomático tiene características particulares, en algo coinciden los tres: tienen un hilo en común: son los fenómenos de coacción. Lo que Freud llama *zwang*, por eso llama a la neurosis obsesiva *zwangsneurose*. Los fenómenos de coacción son aquellos que es imposible evitar. Sabemos bien que las ideas obsesivas son las ideas que no tienen sentido, suelen ser absurdas y se presentan bajo la forma de la imposición. Pero, estas ideas raras, siempre son el inicio de una actividad intelectual verdaderamente intensa que agota al sujeto, ahí es donde uno capta esta cuestión del goce que hay en el pensamiento. Y los sujetos se ven obligados a cavilar, a seguir con un pensamiento alrededor de estas ideas como si fueran los pensamientos, los asuntos personales más importantes, más fundamentales, sin poder abstraerse de ellos.

Los impulsos obsesivos suelen tener un carácter infantil y desatinado, se trata de que si algo no se produce, algo horrible sucederá, a sí mismo o a sus seres queridos. Este tema tiene que ver con el problema de la ambivalencia, puesto que el sujeto mismo se siente incitado a cometer terribles crímenes, delitos de los que huye horrorizado. Es decir que esos mismos pensamientos que se le imponen, esos pensamientos que tienen que ver con impulsos, por ejemplo, tendrá el impulso de arrojarle por el balcón y lo que surge a partir de ese impulso, que evidentemente tiene toda la forma, todo el perfume de la pulsión, produce una defensa. Tiene que defenderse de esos impulsos. ¿De qué manera? Con prohibiciones, con renunciamientos y, fundamentalmente, con inhibiciones. O sea que van a encontrar, justamente, que, donde hay inhibición, donde hay inhibiciones muy marcadas, hay impulsos muy marcados también.

Los actos obsesivos son inocentes, son insignificantes, y consisten, dice Freud, en

repeticiones o floreos ceremoniosos de las actividades más corrientes de la vida cotidiana. Y quizás las más necesarias, como comer, acostarse, bañarse, vestirse, salir de paseo. Whitechapel, el detective de la serie, en un momento en que está en una de las situaciones más complicadas, tiene que salir de su oficina y no puede parar de apagar y prender la luz. No puede salir porque tiene que prender y apagar, prender y apagar, y está desesperado porque tiene una urgencia terrible, hasta que finalmente termina agarrando un objeto para romper la luz, para poder salir de su encierro del acto obsesivo. Es decir, todas esas acciones, como prender y apagar la luz, verificar que la puerta esté cerrada, cerrar la puerta con llave una y otra vez, terminan siendo cosas de todos los días.

En el historial del hombre de las ratas, que es un historial precioso, en las últimas versiones están también las notas manuscritas de las primeras siete sesiones, cuando Freud analiza al hombre de las ratas, compara la absurdidad de las representaciones obsesivas con la absurdidad de las representaciones del sueño. Entonces, lo que dice es que detrás de estas acciones, pensamientos, impulsos, hay un sentido. Lo que hay que captar es cuál es el sentido que está oculto detrás de esas acciones, igual que en el sueño, es decir que se pueden descifrar. Creo que hay que prestarle mucha atención a esto, aun cuando nos ubiquemos en la ultimísima enseñanza de Lacan, tenemos que tener en cuenta que el síntoma obsesivo es descifrable y es preciso descifrar los síntomas para poder captar los significantes esenciales, los significantes amos a partir de los cuales se producen los fantasmas. Lo que señala Freud es que detrás del sin sentido del síntoma o del sueño, lo que hay es la posibilidad de un sentido y, por supuesto, de una lógica.

Como decía, a pesar de que hay un saber inconsciente que el sujeto puede tener de esos pensamientos, su fuerza lo doblega aunque intente rebelarse, aunque intente indignarse, dice Freud. Aunque se proponga desobedecer los mandatos surgidos, se siente impulsado a obedecerlos. Y terminan siendo energías consideradas energías

omnipotentes. Por eso Freud dice: he ahí el inconsciente. Lo interesante de ubicar es que el primer reconocimiento que tiene que hacer un sujeto obsesivo es que tiene un inconsciente, o de que el inconsciente lo tiene a él.

Voy a seguir con el ejemplo clínico. Tras la irrupción del pensamiento obsesivo, sobreviene un tiempo en el que le está permitido que nada suceda. Un tiempo de tranquilidad, un tiempo de cierta paz. Ninguna acción que impida la suspensión de los pensamientos. Hay cierta conexión que uno puede hacer con Schreber que tiene determinados momentos de tranquilidad, que es cuando justamente algo de la pulsión se reduce, y puede tener una cierta calma, siempre y cuando Dios no se aleje demasiado. Como plantea Lacan en el Seminario 3⁵, hay sujetos que son un poco rebeldes, que piensan que el Otro los está acosando un poco y no son necesariamente paranoicos. Hay que captar que es una cuestión de grados, de acuerdo al modo en el que el sujeto ubica su creencia o su certeza. Me parece que son elementos que nos van permitiendo ir haciendo clasificaciones diagnósticas necesarias para saber con qué sujeto nos encontramos, con qué sujeto estamos hablando, para saber, por lo menos, qué es lo que no hay que decir o qué es lo que no hay que hacer. Porque después hay muy pocas indicaciones que tenemos sobre qué hacer o qué hay que decir.

Lo que sucede en los casos de obsesión es que hay cierta insistencia un poco mayor por parte del analista para ubicar la división de la causa.

En general, Freud ubica el trauma en la infancia, que es cuando aparecen los momentos de goce en dónde el sujeto lo siente, pero no puede dar cuenta de eso. Ustedes han leído el caso de Juanito, saben que es el momento en que no sabe qué hacer con su erección que le aparece como un goce fuera de su cuerpo, extraño. Siempre que pensamos en esa irrupción de goce, nunca está a tiempo. Nunca es la cantidad justa: siempre es mucho o es poco, o es muy temprano o es tarde, pero se nota esa falta de proporción.

⁵ Lacan, J. (1958) El Seminario, Libro 3, Las Psicosis, Buenos Aires, Paidós, 2009.

En el caso del colega, ahí comenzaron los rituales. Empezó el mutismo después de haber sentido el impulso de tocar a la prima púber, pero siendo adulto. Esa fue la única experiencia sexual que había tenido, después de un encuentro no muy bueno, no muy logrado, con una prostituta, ocho años atrás, donde se había instalado una masturbación compulsiva.

Este muchacho había sido un excelente deportista, antes de que se desencadenara la obsesión de esta manera. Había sido un buen jugador de básquet y, justamente, a partir de que empezaron todos estos ceremoniales, rituales, mutismos, encierros, abandonó sus estudios de ingeniería. Las inhibiciones fueron cediendo en cuatro años de análisis: recuperó una buena parte de su espacio social, trabajó y estudió nuevamente, pero quedó un resto sintomático complicado, que era que cualquier acercamiento a una mujer era rápidamente sofocado por la emergencia de la angustia. Al mismo tiempo, se quejaba de estar cansado de pensar tanto. Esto es algo que uno puede captar bien en los casos de obsesión, donde ese cansancio de pensar uno lo puede relacionar con la tensión que se auto inoculan los obsesivos. Algunas histéricas también. Justamente, es curioso señalar, Freud lo dice muy bien, como la situación inicial de la obsesión no es tan distinta de la histeria. Uno siempre va a encontrar en casos de obsesión algún síntoma histérico en la infancia.

Hace poco, un paciente, de muchos años de análisis me contó por primera vez que tuvo una parálisis de una pierna cuando se metió dentro del corralito donde estaba su hermano menor y que, al tratar de salir, no pudo caminar durante veinte y cuatro horas. Hasta que vino el médico, hizo alguna intervención, seguramente simbólica, y logró sacarlo de su parálisis histérica. Un obsesivo verdaderamente obsesivo, pero que pudo localizar bien el momento del síntoma histérico. De todos modos, lo que Freud plantea es que, tanto para la neurosis obsesiva como para la histeria, se trata de la necesaria defensa contra las exigencias

libidinales del complejo de Edipo. Y es cuando va a decir, justamente, que en toda neurosis obsesiva hay un estrato inferior de síntomas histéricos formados muy tempranos. Freud no va a tardar en señalar, y esto está muy claramente ubicado tanto en la Conferencia 17⁶, que es la del sentido de los síntomas, va a señalar que en la obsesión se produce una defensa que no es la misma de la histeria. Si bien hay algo de eso, porque no es que falte la represión en la obsesión, en la obsesión hay una defensa que es diferente que es la de la regresión.

Es la regresión al estadio anal, al estadio sádico anal. Freud va a decir que en la obsesión se va a discernir mucho mejor el complejo de castración como el motor de la defensa. Y, justamente, es en *Inhibición, síntoma y angustia*⁷ que ubica lo que después ustedes van a encontrar en el *Seminario 5*⁸, cuando Lacan habla del deseo del obsesivo, y se refiere a la cuestión del superyó. En la obsesión se ve mucho más claramente la cuestión del superyó, que sabemos según Freud, el superyó aparece como el heredero del complejo de Edipo, como la instancia parental prohibidora, pero que en la obsesión se revela como mucho más severo y desamorado. El yo, plantea Freud, se ubica en una obediencia tal al superyó que, por un lado, crea formaciones reactivas, de limpieza y de orden, que se nota mucho en los chicos a partir de los ocho, nueve, años, donde empiezan a mostrar esos signos que uno dice de obsesión pero que, en realidad, son formaciones reactivas frente a los impulsos libidinales incestuosos. Y Freud plantea por qué el superyó aparece de un modo tan despiadado en la obsesión: porque el superyó lo que hace es prohibir el onanismo infantil. El onanismo infantil que se apuntala en representaciones regresivas, por eso ubica la cuestión de la regresión como el mecanismo defensivo más importante en la obsesión.

Freud va a decir, muy taxativamente, que lo que se nota en los obsesivos, en los obsesivos hombres, que para conservar la masculinidad, por la angustia de

⁶ Freud, S. (1916-1917) 'Conferencia 17: El sentido de los síntomas', Obras Completas, Volumen XVI, Buenos Aires, Amorrortu, 1978.

⁷ *Ibid.*

⁸ Lacan, J. (1957-1958) *El Seminario, Libro 5, Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós, 2010.

castración, se coarta todo quehacer de ella, para conservar el quehacer de la masculinidad. ¿De qué manera? Se lucha contra los impulsos onanistas, contra los impulsos masturbatorios y va produciendo, ya en los niños, ciertas formaciones obsesivas que, en verdad, van produciendo esa satisfacción sustitutiva, que es su manera de gozar en lugar de la masturbación directa. Se produce el pasaje de tocarse el pene a la cuestión de los pensamientos, de las acciones obsesivas que, como ven, vienen como defensa ante el impulso masturbatorio. Es la satisfacción sustitutiva. Es como decir: se masturban con el pensamiento.

Hay que recordar que Freud ya había captado, hacía mucho tiempo, el carácter traumático de la sexualidad infantil. Él dice algo muy interesante en *Inhibición síntoma y angustia*⁹ y es que el sujeto histérico reprime, es decir, lo sitúa en el inconsciente, queda olvidado. Por eso es que Freud pudo descubrir el inconsciente a partir del sujeto histérico. En la histeria se nota que hay una fuerza contraria a la fuerza pulsional que impide que aparezca la representación a nivel consciente. En la obsesión no surge de la misma manera la defensa: para poder afrontar las exigencias pulsionales, es el yo el que se va modificando. Él habla de la plasticidad del yo para ir adaptándose a estas formaciones reactivas. Lo va tomando como parte de lo que sería su manera de ser, su carácter, gente muy prolija, muy ordenada, que tiene que poner los zapatos uno al lado del otro antes de acostarse, que esa cosa de los zapatos ordenados señala algo de cómo el yo se fue transformando, se fue modificando, fue siendo más plástico a lo que son los impulsos libidinales onanistas infantiles. Es algo para tener presente, no para interpretarlo de manera directa, nunca interpretamos el goce de manera directa y menos dándole nosotros un sentido.

Lacan va a retomar estas consideraciones de *Inhibición síntoma y angustia*¹⁰ en el *Seminario 5*, especialmente en la clase "El

obsesivo y su deseo"¹¹, cuando se refiere a las exigencias del superyó, y se pregunta de qué manera se pueden concebir las exigencias del superyó.¹² Va a decir que el obsesivo siempre está pidiendo permiso, ¿Y eso para qué? El sujeto obsesivo pidiendo permiso intenta restituir la más extrema dependencia con respecto a ese Otro del cual, después, se aísla.

Es interesante pensar esto porque es lo que solemos decir cuando planteamos la gran consistencia que tiene ese Otro sin barrar, se presenta de un modo complicado.

Es decir, complicado porque en el mismo punto donde se quiere negar la castración del Otro, lo que sirve es para negar la propia castración: vérselas con la propia angustia de castración. Freud plantea que, con el síntoma obsesivo, se nota cómo el sujeto despoja al trauma de su carga afectiva. Esta es la más clara defensa obsesiva. Queda el recuerdo consciente de lo que podría ser el suceso traumático, pero despojado de su carga de afectividad. Por eso es que Lacan dice que la cadena significativa permanece explícita, sin caída del significativo como en la histeria, en donde un significativo cae y es reprimido. Sin la caída de los significantes, lo que se produce es la cuestión de la absurdidad, por eso se separa en dos tiempos el acto obsesivo: pongo la piedra, saco la piedra, pongo la piedra, saco la piedra.

Volviendo al caso, en el transcurso del tratamiento de este muchacho hay como cierta permanencia del goce autoerótico. Hay una dificultad enorme de vincularse al Otro. A pesar de haber resuelto los rituales, esto que lo dejaba encerrado durante horas, lo que queda como verdadero síntoma analítico es la dificultad para relacionarse al Otro. En este caso, al Otro femenino. Entonces, es un sujeto que aparece, a primera vista, como un sujeto sin *partenaire*. Un sujeto a quien el goce autoerótico le parece más atractivo que gozar del cuerpo del Otro. Es un caso que ustedes pueden encontrar, está publicado

⁹ Freud, S., *Inhibición síntoma y angustia*, óp. cit.

¹⁰ *Ibíd.*

¹¹ Lacan, J. (1957-1958) 'El obsesivo y su deseo', *El Seminario*, Libro 5, *Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós, 2010.

¹² *Ibíd.*, p. 420.

¹³ Miller, J. A. (1979) *Seminarios en Caracas y Bogotá*, Paidós, 2015.

en un libro¹³ que publicó la NEL sobre las conferencias que Miller dictó en Colombia y en Venezuela. Miller, al comentarlo, dice que es un caso de patología de la soledad que mejora notablemente con el análisis, pero en el que todos sus intentos de acercarse al Otro son impedidos por la fuerte atracción que tiene, para él, el goce autoerótico.

Es verdad que el desencadenamiento de la neurosis, no de la neurosis infantil, se produce cuando manosea a la prima, es una escena traumática, pero con una característica particular, porque él es el agente de la situación.

En el caso se ve muy bien como se despliega al modo obsesivo, la cuestión desplazada de lo que él capta como el agujero femenino a la cuestión del ano. Se acuerdan que él tanto en el momento después de defecar y sus lavados, más la cuestión de la deglución, que también tiene que ver con hacer algo con el agujero, que tiene que ver con ese lugar por donde pasa el aire, por donde pasa la comida, por donde pasa la saliva, él hacía toda una serie de cuestiones con respecto a introducir el jabón en el ano. Lo que se puede captar es que se sustituye una parte del cuerpo del Otro por una parte del cuerpo propio. Se produce esta cuestión de que, siendo el agente del trauma, en donde sí había habido una cuestión del interés por el cuerpo del Otro, queda remplazado por un agujero en el cuerpo propio. Es decir, el interés por gozar del cuerpo del Otro retorna la cuestión de la masturbación infantil, en este caso, anal.

En la Conferencia 17 que Freud llamó 'El sentido de los síntomas'¹⁴, recuerda que el sentido de los síntomas siempre está relacionado con la vida íntima del sujeto. Por eso es que, para Freud, cuando alguien se encuentra con estas situaciones tan inexplicables, para poder captar de qué se trata, hay que remitirse a una situación pretérita. No lo dice en el sentido de un arqueólogo o de un antropólogo, sino que lo plantea en el sentido de una neurosis infantil, en donde tales ideas o tales actos, tuvieron un objeto y un sentido, que después, pasado un tiempo, cobra un sentido totalmente diferente. Entonces,

fijense que hay algo esencial que plantea Freud, es una gran enseñanza, incluso para aquellos que están en el trabajo, no solamente con neuróticos, también con psicóticos, que es la re- inclusión de la temporalidad subjetiva. Es lo que siempre decimos con respecto a la urgencia. La urgencia, que aparece como ese estado de eternización, donde todo se repite, piensen en el trauma, los traumas de guerra donde todo se repite, todo se repite en los sueños, es necesaria la re inclusión de la temporalidad para que algo a nivel libidinal, a nivel del goce, se modifique.

Algo que creo importante es hablar de los falsos enlaces que se producen en los síntomas obsesivos. Falsos enlaces que estarían por el lado de lo que mencionamos hace un rato, de que si no doy una vuelta, mi padre morirá. Falsos enlaces que son propios del mismo inconsciente y tienen la virtud de unir dos ideas que, en sí mismas, no tienen conexión. El obsesivo niega, rechaza, lo que tiene que ver con el azar. El obsesivo lo que trata de hacer, es lo que creo que Ernesto Anzalone intentó mostrar con su afiche, mostrar el modo en que se transforman y tapan las hiancias, los espacios, el agujero de la causa con significantes. Esto es esencial.

Se trata del rechazo de lo que es el sujeto barrado, el rechazo de la división subjetiva, el rechazo de 'no sé qué digo cuando digo'. Es decir, eso que muestra una discontinuidad que los obsesivos rechazan. Entonces todo debe ser contabilizado, el goce debe ser contabilizado, para despejar, anular lo que surge como el -1, lo que surge como eso que complica todo. Esta es la típica solución del obsesivo, esto es lo que a mí me llevó a nombrar este seminario como 'La solución del obsesivo', después me di cuenta de que también podría haberlo llamado 'las soluciones del obsesivo'. El obsesivo cuenta y cuenta e inventa significantes para el lugar en donde falta un significante. Inventa fórmulas para explicar lo inexplicable. Trata de reproducir incesantemente una cadena significativa para que no aparezca el significante uno, el significante amo en su valor de significante solo.

¹⁴ Freud, S. "Conferencia 17: El sentido de los síntomas", óp. cit.

Acuérdense de lo que venimos diciendo, la relación con el otro goce, de gozar con el cuerpo del Otro; en este caso, con el cuerpo del Otro femenino, pero podría ser masculino también. La cuestión es que no haya división subjetiva, por eso las repeticiones permanentes e insensatas tratan siempre de llenar ese vacío de que hay un significante último que puede dar cuenta de todo. En Lacan, ustedes lo han trabajado en el grafo del deseo, el grafo de la subversión del sujeto, es el significante del Otro barrado, es decir, que no hay ese significante último que pueda dar cuenta, en el mar de los nombres propios. Trata de armar una soldadura significativa para obturar o poner entre paréntesis, la división subjetiva. Y eso es lo que hace tan difícil el abordaje de los obsesivos y la intervención particular del analista, que no es la misma que las intervenciones que se hacen en los casos de histeria.

Menciono también la ambivalencia que Freud plantea en la obsesión, la coexistencia de dos opuestos: el amor y el odio. Fundamentalmente, porque es la presencia del odio lo que Freud captó en la presencia de todos los síntomas obsesivos. No se odia sino a quien se ama. Si hay un gran odio es porque antes hubo un gran amor. Lo mismo que la traición, solo se traiciona a quien se ha amado, sino, no hay traición. Evidentemente, en tanto el Otro no es un desierto de goce, el odio es una respuesta del sujeto, puesto que trata, dice Lacan de reducir el deseo a la demanda.

Voy a pasar a un tema con el que voy a ir concluyendo, que es lo que Lacan plantea en el *Seminario 5*¹⁵. Cuando vemos un obsesivo en bruto, o en estado de naturaleza, anterior al encuentro con un analista, este pervierte su estado bruto de obsesivo: es un modo de decir que, en el encuentro con el analista, el analista histeriza al obsesivo. Nos va a hablar primero de sus síntomas, de su angustia, de sus prohibiciones. Va a pasar mucho tiempo hasta que diga cuáles son sus fantasmas, esos fantasmas con los que goza, es decir, lo que incluye el objeto pulsional, con lo que el sujeto se las tiene que ver. Es una manera de pensar el fantasma, el fantasma como una defensa

frente al trauma. Si algún día seguimos con esta idea, no será hoy, quizá hasta podamos pensar que el trauma también es una defensa.

Vamos a pensar, en principio, que el fantasma es una defensa frente al trauma, frente a la emergencia de lo real, frente a la emergencia de la aparición de los impulsos libidinales, incestuosos, del complejo de Edipo. Lacan dice que, para que aparezcan estas cuestiones fantasmáticas, es preciso la intervención del analista; no va a ser algo espontáneo, no va a ser algo que surja de por sí en el tratamiento, en algún momento hay que producirlo, hay que encontrar ese momento, no es tan fácil saber cuándo es el momento oportuno. Verdaderamente, ustedes saben cómo, en algunos sujetos, el fantasma puede tener una cualidad invasiva, absorbente, que puede engullir partes enteras de la vida psíquica. Lacan dice que no conviene calificar los fantasmas de los obsesivos de sádicos, es solo una etiqueta, porque más bien nos plantea un enigma.

Lacan dice que lo importante es captar el papel económico de esos fantasmas, poder captar el goce que implican. Con la característica de que los fantasmas obsesivos nunca se realizan, o nunca se realizan en forma completa. Lacan plantea que el obsesivo es como Tántalo que, cuanto más se acerca al deseo, más imposible se le hace. Saben que Tántalo es ese personaje que fue torturado por los crímenes cometidos, hizo toda clase de porquerías orales, de servir en banquetes hijos de algunos de los que estaban ahí presentes, entonces los dioses lo castigaron de manera tal que lo ataron de por vida, para que no pudiera acceder nunca al objeto. Por ejemplo, si tenía hambre, tenía un árbol con frutas muy cerca, pero, cuando quería acercarse más, las frutas se alejaban.

Entonces Lacan se pregunta, ¿por qué el obsesivo debe aplastar de esta manera su deseo? ¿De qué se defiende el obsesivo con esta modalidad de goce llena de fantasmas sádicos? Y Lacan dice que Freud les dio una enorme importancia a los fantasmas, porque es lo que permite

¹⁵ Lacan, J. El Seminario, Libro 5, Las formaciones del inconsciente, óp. cit.

ubicar la juntura que hay entre el lenguaje y la satisfacción, es decir, la conexión que hay entre el significante y el goce. Tomen el fantasma de 'Pegan a un niño', es un fantasma que habla de lo que sería la gloria de la marca, el modo en cómo la lengua traumatiza el cuerpo. *Pegan a un niño*, el fantasma que analiza Freud, es una frase, por lo tanto, es simbólica; es una escena, por lo tanto concierne a lo imaginario. Pero, al mismo tiempo, es una condición de goce, por eso decimos que tiene que ver con lo real. O sea que hay en el fantasma un nudo entre lo imaginario, lo simbólico y lo real. La cuestión, entonces, que se nos plantea en el transcurso de un análisis con un obsesivo, es cómo construir el fantasma y cómo atravesarlo.

Esa dificultad que tenemos de hacer pasar ese goce tan privado a lo público, que en verdad se produce cuando le pedimos a un sujeto obsesivo que hable en análisis, que asocie. Lacan hace del fantasma un punto particular, un punto exquisito en la cura analítica, justamente por el silencio que rodea a la confesión del fantasma. Ustedes se acuerdan de que Freud alienta al hombre de las ratas a que cuente, a que diga qué es eso que a él lo angustiaba tanto del capitán cruel, y eso hace que él se levante del diván, tiene una reacción excitada, deambula por el consultorio y, finalmente, pone la cara de horror que Freud advierte como ese momento en donde se nota la cuestión del goce, el lado de satisfacción cuando hace el relato de la tortura de las ratas.

Hay dos salidas diferentes, si prefieren, dos soluciones diferentes. En una de ellas está lo que Lacan llama *el trop de mal*: *trop de mal* es algo que es dañino, significa que alguien se da demasiado trabajo, pero esa misma frase significa la cuestión del sufrimiento que hay en juego. ¿Qué es lo que hay que hacer? ¿Qué arreglos hay que hacer? El síntoma es una solución, pero es una solución fallida porque produce mucho *dísplacer*. Entonces, la pregunta que nos hacemos nosotros, cuando tratamos de ubicar la modalidad de goce de alguien, es qué hacer para que la solución del síntoma sea menos fallida, que dé un poco más de placer y menos de sufrimiento. Lo digo, quizás, de una manera sencilla, pero creo que es a lo que apunta nuestra

intervención.

En el caso de nuestro colega, en donde el sujeto vira hacia el goce autoerótico, propio de su neurosis infantil, para tratar de hacer existir la relación sexual a la manera, un poco burda, del jabón metiéndose en el ano. Es la negación de lo que, para nosotros, es lo real de la clínica psicoanalítica, que es la captación de la no relación sexual. Entonces la angustia, en esa dimensión cruel, porque la angustia puede ser muy cruel en algunos sujetos obsesivos.

Freud describe las equivalencias simbólicas del erotismo anal en la misma época en que estaba atendiendo al hombre de las ratas. Es una época de gran producción de Freud porque, justamente, lo que más le interesa del hombre de las ratas era poder captar esto que estaba entendiendo de la neurosis obsesiva. Y vio cómo Ernst Lanzer condensó en la identificación a las ratas la cifra de su goce y, al mismo tiempo, de su detención. Por eso podemos decir que para entender que la inhibición es la postergación infinita de la confrontación con la castración, el obsesivo va siempre a resguardar el goce que lo atrapa, que lo sumerge en esa dimensión de la miseria neurótica, del objeto imposible, para no pasar por la pérdida de goce que implica la desdicha de un goce común, del infortunio ordinario, según Freud, que es justamente aquello que nos permite gozar con más placer y con menos sufrimiento.

Neurosis obsesiva

MÓNICA PÉREZ

“Más allá de toda demanda, de todo lo que desea este sujeto, se trata de ver a que va dirigido en su conjunto el comportamiento del obsesivo. Su objetivo esencial, no hay duda, es el mantenimiento del Otro”.¹



Si hay algo que tenemos que estar advertidos en la práctica clínica, y que fue compartida por Freud y Lacan, es que la neurosis obsesiva se puede presentar de diversas maneras, estableciéndose así una variedad clínica de la estructura obsesiva. Esto quiere decir que hay muchos obsesivos que no se parecen en nada a otros.

Freud desarrolla un abordaje de la neurosis obsesiva desde una perspectiva diacrónica, desde la neurosis infantil, transitando por una etapa de aparente normalidad, hasta que se produce el desencadenamiento y desarrollo de la neurosis en el periodo de la adultez. Durante estas etapas, se desarrollan varios tipos de síntomas, a través de los cuales se constituyen diferentes variantes, destacando las diversas formas clínicas de la neurosis obsesiva.

Freud, en su texto “Las neuropsicosis de defensa”, propone ciertas hipótesis en relación a la formación de los síntomas. Establece que el esfuerzo que el yo se plantea para olvidar cierta representación intolerable es una labor inútil, donde ni la huella mnémica, ni su afecto, pueden desaparecer una vez que han surgido.² Lo que puede suceder es un intento por

¹ Lacan, J. (1957-1958) El Seminario, Libro 5, Las formaciones del inconsciente, Buenos Aires, Paidós, 1999, p. 427.

² Freud, S. (1894) “Las neuropsicosis de defensa”, Obras completas Tomo I, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, p. 171.

debilitar tal representación, haciendo que se separe de su afecto, pero se genera la pregunta respecto de qué hacer con ese afecto o estímulo. Así, la magnitud de dicho estímulo separado tendrá que encontrar otro encauce.

Hasta este punto, Freud encuentra que, tanto para la histeria como para las obsesiones, es el mismo mecanismo de la formación del síntoma. La diferencia viene después, ya que, en la histeria, las representaciones intolerables se trasladan al cuerpo convirtiéndose en excitaciones somáticas, más conocidas como síntomas de conversión. En cambio, en la neurosis obsesiva, este afecto permanece a nivel psíquico, y es mediante un falso enlace que se asocia a otras representaciones, transformándose en obsesivas. Así es como Freud da cuenta del mecanismo de histeria y obsesión, que cambia en su fase final, siendo el destino de la excitación la conversión, en la histeria, y el falso enlace, en el caso de la obsesión.

Lacan, en su retorno a Freud, le da importancia también a destacar las variedades clínicas de la neurosis obsesiva. En este sentido, se puede establecer el reconocimiento de posiciones obsesivas mínimas que no necesariamente integran los síntomas de una neurosis desencadenada. Esta mirada se aparta, sobre todo, de los manuales de psiquiatría, como las versiones de DMS, donde se desarrolla un método de carácter descriptivo de trastornos, operando por diagnóstico de semejanzas.

La pregunta por el deseo

Al obsesivo se le plantea un problema en torno al deseo ya que se le presenta una disyuntiva entre el deseo y el Otro. Tiene que elegir. Ahí es donde surge una paradoja de difícil resolución: si la elección es entre el deseo y el Otro, el resultado es que se queda sin ambas. Porque el deseo está en relación con el Otro. De ahí el deseo imposible como característica del obsesivo.

Lacan compara la relación del obsesivo con el Otro tal como se expresa en la dialéctica del amo y el esclavo de Hegel. El obsesivo espera la muerte del amo, al igual que el esclavo, porque cuando esto se produzca, todo empezará. Tiene la ilusión de que cuando el amo muera, podrá vivir de otra manera, "tal es la razón intersubjetiva tanto de la duda como de la procrastinación que son rasgos de carácter en el obsesivo".³ Este tiempo de espera no tiene tanto que ver con que el Otro muera, sino con no comprometerse con su deseo y postergar toda actuación.

Pone en el otro el obstáculo de su conducta y así se deshace de su responsabilidad. El obsesivo evita el acto para no lograr el cumplimiento de su deseo. No solo cree que su imposibilidad proviene del Otro, sino que también cree que él, por sí solo, no puede. De esta manera, logra nuevamente postergar su deseo o el encuentro con el deseo del Otro.

Lacan, en el *Seminario 5*, establece que el sujeto obsesivo, a medida que intenta acercarse al objeto, su deseo se atenúa hasta desaparecer.⁴ A propósito de ello, Freud plantea que "quienes ya tienen a obsesivos entre manos pueden saber que un rasgo esencial de su condición es que su propio deseo disminuye, parpadea, vacila y se desvanece a medida que él se acerca".⁵ El obsesivo, para evitar el deseo del Otro, intenta reducirlo a la demanda, anulando así su propio deseo.

Lacan sostiene que el obsesivo siempre está pidiendo permiso. Esto significa ponerse en relación de dependencia con el Otro, lo cual nos habla de la relación del sujeto con respecto a la demanda. Soluciona lo evanescente de su deseo produciendo un deseo prohibido, pero no significa que este se extinga. Por lo tanto, la prohibición tiene la función de sostener ese deseo. La forma en que el obsesivo proyecta su deseo resulta compleja, derivando en un "temor de venganza que inhibiría todas sus manifestaciones".⁶

³ Lacan, J. (1953-1956) "Función y campo de la palabra en psicoanálisis", Escritos I, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002, p. 302.

⁴ Lacan, J. (1957-1958) El Seminario, Libro 5, Las formaciones del inconsciente, óp. cit.

⁵ Freud, S. (1909) "Análisis de un caso de neurosis obsesiva", Obras completas Tomo II, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, p. 476.

⁶ Lacan, J. (1957-1958) El Seminario, Libro 5, Las formaciones del inconsciente, óp. cit., p. 423.

El obsesivo, para evitar el deseo, no solamente intenta quedarse en la demanda, sino que puede llegar a la tentativa de matar ese deseo para que el Otro deje de desear. Esto se puede apreciar en el partenaire del obsesivo, donde se produce tal desgaste que termina ocurriendo la pérdida del propio deseo.

Mónica Torres plantea que la obsesión es una enfermedad de la intrasubjetividad, mientras que la histeria es una enfermedad de la intersubjetividad. Esta última busca su deseo en el Otro, atribuyéndole su propio deseo, permanentemente está hablando acerca del Otro, en el análisis siempre comienza hablando del Otro, de lo que lo atormenta, etc. En cambio, el obsesivo se encuentra más encerrado en sus pensamientos, más sórdido en el origen de su deseo, construye una fortaleza a su alrededor para protegerse, a tal punto que lo puede llevar a su aislamiento.⁷

El hombre de las ratas constituye el caso más conocido de neurosis obsesiva planteado por Freud. En el mismo se plantea cómo el objeto amado es inaccesible. El hombre de las ratas se inventa todo el tiempo modos de mantenerse alejado de la dama de sus pensamientos. Esto representa la condición del amor obsesivo: que sea inaccesible para poder amarlo, presentándose como imposible.

La relación con el Otro.

Retomando a Torres, ella plantea que el comportamiento obsesivo, en lo que respecta a los vínculos, constituye un modo particular de conducta que se pone en juego en relación a su semejante, al otro imaginario y con el Otro. El otro representa su rival y el Otro es el lugar donde él se mira. Siguiendo a Lacan, expresa que el obsesivo está desdoblado; se encuentra en la escena y, a la vez, mirando desde afuera. Se encuentra observándose a sí mismo, pero hay que diferenciar desde dónde el sujeto se mira y dónde el sujeto se ve. Se ve desde el yo ideal, o sea, desde su otro imaginario, rival. En cambio, el lugar desde donde el sujeto se mira pertenece al ideal del yo.

El problema es que desconoce ese punto desde el cual se mira. En el transcurso del análisis resultará fundamental saber desde dónde se mira el sujeto, ya que es algo que él mismo desconoce.⁸ Por eso Lacan expresa que el obsesivo está en la arena, en el escenario y en el palco, desdoblado, se identifica a su rival que juega la partida y, a la vez, se observa jugándola.

Lacan propone, en "La dirección de la cura"⁹, cuando estamos ante un caso de neurosis obsesiva, producir un desmontaje, un corte en toda esa escenificación a partir de la implementación de sesiones cortas, de modo de ir en contra de la fijeza del fantasma obsesivo. De esta forma, se puede introducir algo de la sorpresa, de la contingencia, que intente desacomodar la rigidez del pensamiento obsesivo.

Henos aquí pues al pie del muro, al pie del muro del lenguaje. Estamos allí donde nos corresponde, es decir, del mismo lado que el del paciente, y es por encima de ese muro, que es el mismo para él y para nosotros, como vamos a intentar responder al eco de su palabra.¹⁰

⁷ Torres, M. Clínica de la neurosis, Buenos Aires, Grama, 2014.

⁸ *Ibíd.*

⁹ Lacan, J. (1958) "La dirección de la cura y los principios de su poder", Escritos II, Siglo Veintiuno, 1985.

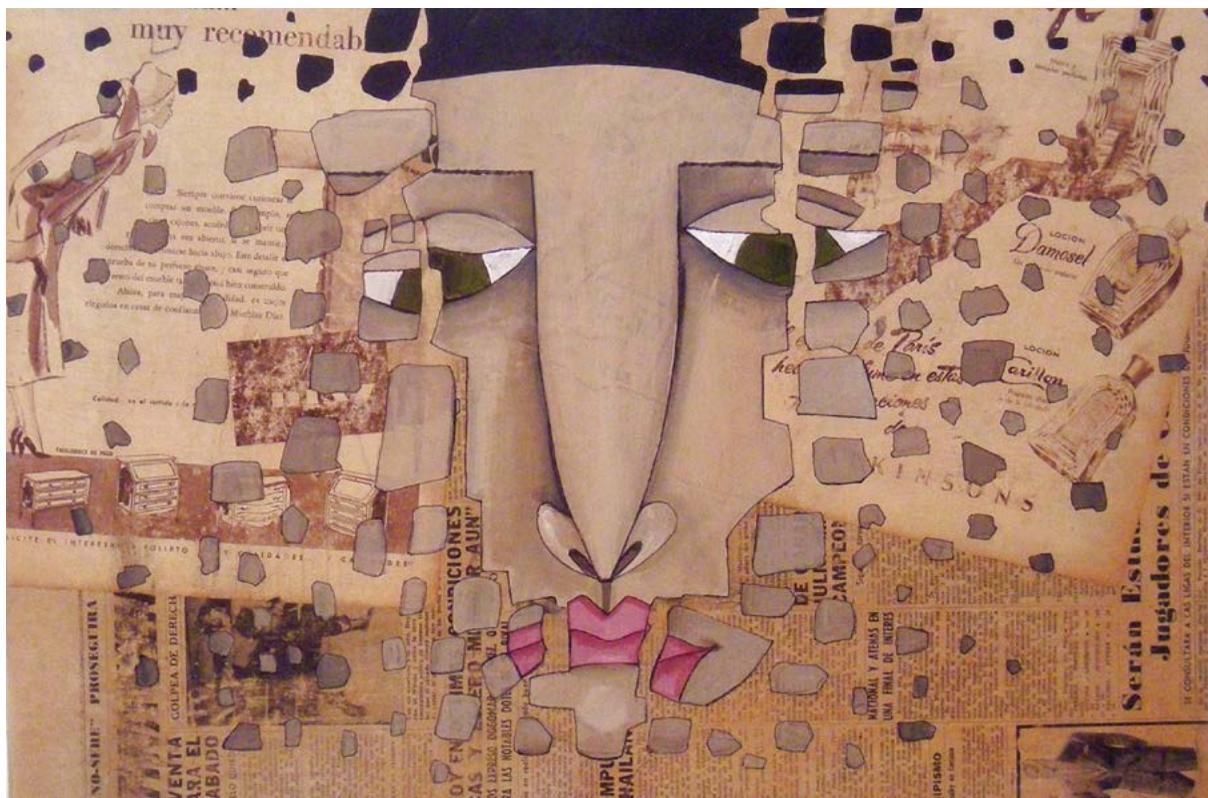
¹⁰ Lacan, J. (1953-1956) "Función y campo de la palabra en psicoanálisis", *óp. cit.*, p. 303.

Apuntes sobre la neurosis obsesiva y su relación con el deseo

XIMENA RODRÍGUEZ

El presente texto pretende desarrollar cómo se ubica el deseo en la neurosis obsesiva. Esto constituye un tema crucial para el abordaje clínico de esta estructura y, por consiguiente, como eje en la dirección de la cura.

Primeramente, me interesa hacer un recorrido cronológico sobre la formalización de la neurosis obsesiva como tal, en tanto entidad nosológica, separada del resto y con identidad propia.



Neurosis obsesiva antes de Freud

El psicoanálisis surge en la época de la psiquiatría moderna, logrando retomar temas y haciéndose cargo de problemas que, hasta entonces, no tenían solución.

Les da otra respuesta y otro tratamiento, dando lugar a una nueva forma de entender la psicopatología, los síntomas y, por sobre todo, a los sujetos. Una lectura

que permite avanzar mucho en cuanto a las investigaciones en psicopatología y psicología humana, creando un método y un marco teórico inéditos. Allí donde la psiquiatría y la medicina encontraron un tope, el psicoanálisis abrió una puerta. “Es el psicoanálisis el que puede llegar a realizar, a investigar toda una cantidad de problemas que la psiquiatría comenzó a plantear y con sus propios medios no pudo ni resolver, ni siquiera seguir planteando”.¹

Dentro de lo novedoso, lo que se destaca es el tratamiento a los síntomas y la categoría que Freud le otorga a estos. Ya no será aquella postura del psiquiatra donde hay una descripción de los síntomas —anamnesis— y la búsqueda de su erradicación. El síntoma, para el psicoanálisis, será algo con sentido, con intención. Freud los interpreta dándoles la dignidad de un acto, del cual el sujeto debe hacerse responsable, donde los móviles son inconscientes. Síntomas y actos sintomáticos sustentados en deseos inconscientes, con significados reprimidos.

En psiquiatría, la neurosis obsesiva había aparecido como entidad nosológica unas décadas antes del surgimiento del psicoanálisis. Se ubicaba en los manuales con nombres como “locuras de duda”, “enfermedad de la duda” y “delirio del tacto”. Citando a Farlet, ya en el año 1886 encontramos: “Estos enfermos viven en un estado de duda perpetuo y no logran detener ese trabajo incesante de su pensamiento que se ensaña constantemente consigo mismo, sin llegar nunca a un resultado definitivo”.²

Mientras Freud desarrollaba sus teorías sobre psicoanálisis, la psiquiatría ya había trabajado previamente algunos rasgos de neurosis obsesiva —aunque sin esa denominación, claro está—. Trabajos a partir de los cuales él se sirvió para crear algo novedoso.

El aporte freudiano

¿Cuál es la originalidad de Freud? Agrupar a la obsesión y a la histeria dentro de un mismo grupo nosológico: neurosis. “[...] he descubierto examinando su mecanismo psíquico que las obsesiones se hallan enlazadas a la histeria”.³

Anteriormente, la psiquiatría definía a las neurosis como aquellos padecimientos que referían a lo corporal, mientras que las psicosis referían al padecimiento en lo mental. Freud, en cambio, asocia los síntomas del pensamiento y de las ideas con la obsesión. La oposición entre mente y cuerpo es una oposición de la psiquiatría sobre la que Freud no se basa. Una separación que implicaba también diferenciar lo que era psicosis de neurosis. Aquí aparece otra innovación freudiana para la sintomatología de la época. Reúne dentro del mismo grupo a la histeria y la obsesión. Es a partir de allí que luego sí hará distinción entre los síntomas en el cuerpo — conversión— y los síntomas en la mente.

La neurosis obsesiva en Freud

En el comienzo, Freud diferencia a la obsesión de la histeria, pero, a su vez, las empareja en una misma entidad nosográfica: neurosis. Esto se puede ubicar cuando habla, por ejemplo, de otras neurosis, haciendo entender que la histeria no sería la única. Encontramos en sus textos, primeramente, la noción de “representaciones obsesivas”.⁴ A partir de allí, Freud comienza a desarrollar sus características, nos dice que las personas que no tienen “la capacidad convertidora”⁵, como defensa a una representación inconciliable, el afecto displacentero se une a una representación menos desagradable. A partir de este falso enlace, esas representaciones se vuelven representaciones obsesivas. En esta etapa, Freud no distinguía tajantemente estas representaciones obsesivas de las fobias.

¹ Mazzuca R, Lombardi G. y De Lajonquiere C. Curso de Psicopatología V, Neurosis Obsesiva, Buenos Aires, Tekné, 1987, p. 14

² Ibíd., p. 21.

³ Freud, S. (1896) “La herencia y la etiología de las neurosis”, Obras Completas Volumen III, Buenos Aires, Amorrortu, 1991, p. 146.

⁴ Freud, S. (1894) “Las neuropsicosis de defensa”, Obras Completas Volumen III, Buenos Aires, Amorrortu, 1991, p. 55.

⁵ Ibíd., p. 67.

Unión que durará poco e irá tomando caminos diferentes en el recorrido de su enseñanza.

Al igual que en la histeria, para Freud, el origen de estas representaciones inconciliables es sexual. Por lo tanto, la tesis central aquí es que la representación displacentera, y su afecto, de origen sexual, se separan, y ese afecto hace falso enlace con otra representación menos desagradable. Representación que estará presente en la conciencia del sujeto, sin poder desprenderse de ella. Difiere, en este punto, de la neurosis histérica, donde el afecto sí tiene efectos en el cuerpo: los síntomas conversivos.

En este primer tiempo, Freud trabaja las neurosis como variantes de la defensa, como tres modos de enfermar, y las denomina y agrupa bajo la categoría de neuropsicosis de defensa. Dice al respecto: “[...] ellas nacían mediante el mecanismo psíquico de la defensa (inconsciente), es decir, a raíz del intento de reprimir una representación inconciliable que había entrado en penosa oposición con el yo del enfermo”.⁶

En “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa”⁷, Freud plantea por primera vez el término de neurosis obsesiva. Dándole aquí toda la entidad de una neurosis, diferenciándola de la histeria, y abandonando el término representaciones obsesivas, para trabajar y desarrollar su etiología y sus mecanismos particulares.

Como se mencionó anteriormente, Freud ubica al origen de la neurosis como el resultado de la defensa puesta en marcha tras el encuentro con representaciones de origen sexual, vivenciadas como displacenteras. A partir de aquí, nos presenta una diferencia con la neurosis histérica: esas representaciones sexuales, vivencias sexuales en la infancia, no son recordadas como vivencias pasivas, sino como “[...] agresiones ejecutadas con

placer y de una participación, que se sintió placentera, en actos sexuales; vale decir, se trata de una actividad sexual”.⁸

Agrega: “[...] las representaciones obsesivas son siempre reproches mudados, que retornan de la represión (desalojo) y están referidos siempre a una acción de la infancia, una acción sexual realizada con placer”.⁹

Si bien en una primera instancia Freud hace una diferenciación en la etiología de la histeria y la obsesión, ubicando la posición del sujeto como activa o pasiva frente al encuentro con lo sexual, luego vuelve a emparejar el origen de ambas neurosis planteando una etiología traumática en dos tiempos. Primero, una experiencia sexual pero que no tiene todavía un significado sexual. Luego, en un segundo tiempo, dicho acontecimiento es resignificado debido a la maduración sexual. En la obsesión, esta vivencia sexual es experimentada en un rol activo y con placer. “¿Cómo entender esto de pasivo y activo? Entendámoslo de esta manera: seducido o seductor. Es decir, el sujeto ha sido objeto de seducción del otro”.¹⁰

Por lo tanto, en la etiología de la neurosis obsesiva encontramos un primer tiempo: vivencias de agresión sexual, que caen bajo efectos de la represión, para luego aparecer como *acciones-reproche*. En un segundo tiempo, falla la defensa y las representaciones/reproches reprimidos aparecen como formaciones de compromiso.

Aquí se introduce una forma nueva de ver los síntomas desde una concepción del tiempo diferente, no cronológica. Una noción de los tiempos del trauma donde el sentido vendrá del futuro para resignificar aquella primera vivencia. Desde un punto de vista estructural y necesario, la neurosis implica el encuentro primario, desde una posición pasiva, con el deseo —seducción— de un otro. “De este modo, aunque la etiología específica de la neurosis obsesiva

⁶ Freud, S. (1896) “Nuevas puntualizaciones sobre la neuropsicosis de defensa”, Obras Completas Volumen III, Buenos Aires, Amorrortu, 1991, p. 163.

⁷ *Ibíd.* P. 157.

⁸ *Ibíd.*, p. 169.

⁹ *Ibíd.*, p. 170.

¹⁰ Mazzuca R, Lombardi G. y De Lajonquiere C., Curso de Psicopatología V, Neurosis Obsesiva, óp. cit., p. 55.

se caracteriza por los rasgos de la actividad y el placer —debido a experiencias sexuales infantiles en que el sujeto es el seductor—, debemos suponer necesariamente un momento anterior, en que el sujeto es seducido, su función es pasiva y la experiencia, traumática.¹¹

Avanzando en sus teorizaciones, Freud ubica tres formas de neurosis obsesiva. Las distingue según si es la representación o el afecto lo que se torna conciente para el sujeto. La primera es cuando la representación es la que llega a la conciencia, el afecto queda diluido en una sensación inespecífica displacentera. Freud precisa:

[...] el contenido de la representación obsesiva está doblemente desfigurado respecto del que tuvo la acción obsesiva en la infancia: en primer lugar, porque algo actual reemplaza a lo pasado, y, en segundo lugar, porque lo sexual está sustituido por un análogo no sexual.¹²

Una segunda forma sería cuando el afecto reproche no logra ser reprimido y emerge en la vida conciente del sujeto de forma desfigurada. Freud plantea que ese afecto se muda a otro igualmente displacentero, pero ya no es vivido como afecto reproche por aquellas acciones agresivas sexuales acontecidas en la infancia, sino como vergüenza, angustia hipocondríaca, social o religiosa, incluso como “delirio de ser notado”. Sentimientos que tienen que ver con la representación mnémica original, miedo a que los otros se enteren de sus acciones infantiles sexuales, lo juzguen y sentencien por ello. Fantasía de poder exponer aquello con alguna acción o comportamiento en el presente, tener que ocultarse, ser cuidadoso en qué mostrar; controlarse para no recaer en la conducta —Freud lo menciona como *angustia de tentación*—.

Finalmente, encontramos un tercer tipo que se desarrolla cuando en los casos anteriores la tarea de la defensa del yo tiene éxito y logra reprimir los síntomas del retorno de lo reprimido. Lo que se vuelve compulsivo serían las propias medidas protectoras, lo que Freud llama “acciones obsesivas”. Estas no son primarias, sino que nos conducen, en el análisis, al propio recuerdo reprimido que intentan mantener alejado de la conciencia. Entre estas compulsiones Freud ubica las cavilaciones, compulsión a pensar, analizar, manía de la duda.

El deseo en la neurosis obsesiva en Freud

Para hablar del deseo en la obsesión, es importante retomar la idea de los reproches, a los que Freud relacionará con la “conciencia de culpabilidad”.¹³ Aparecerá por primera vez el término *moción/pulsión sexual*, para mencionarnos que la base de la neurosis obsesiva es justamente la represión de la pulsión sexual “[...] que estaba contenida en la constitución de la persona, tuvo permitido exteriorizarse durante algún tiempo en su vida infantil y luego cayó bajo sofocación”.¹⁴ Mazzuca dice al respecto: “Estas pulsiones están reprimidas, pero el hecho de estar reprimidas no quiere decir que dejen de tener sus efectos”.¹⁵ Esos efectos serán percibidos como tentación —término freudiano— enlazada a sentimientos de angustia. El sujeto hará lo posible por mantener la represión mediante las inhibiciones, las prohibiciones, la conciencia de culpabilidad y la necesidad de castigo. También puede aparecer la idea de que, si se cumple la satisfacción pulsional, si se cede ante la tentación, algo terrible podría pasar. Recordemos que “[...] en el inconsciente no se distingue el deseo realizado del deseo no realizado, basta desearlo. Por lo tanto, el sujeto se hace apto para la culpa aun cuando esa pulsión permanezca reprimida”.¹⁶

¹¹ *Ibíd.*

¹² Freud, S., (1893–1899) “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa”, *óp. cit.*, p. 185.

¹³ Freud, S. (1925–1926) “Acciones obsesivas y prácticas religiosas”, *Obras Completas Volumen IX*, Buenos Aires, Amorrortu, 1992, p. 97.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 107.

¹⁵ Mazzuca R., Lombardi G. y De Lajonquiere C., *Curso de Psicopatología V, Neurosis Obsesiva*, *óp. cit.*, p. 78.

¹⁶ *Ibíd.*

Encontramos por primera vez la noción de deseo reprimido y las implicancias para la neurosis obsesiva que esta represión conllevaría. En “Actos obsesivos y prácticas religiosas”, Freud nos dice que “[...] lo figurado por las acciones obsesivas o el ceremonial deriva del vivenciar más íntimo, a menudo del vivenciar sexual de la persona afectada”.¹⁷ Los mecanismos de represión en la obsesión no estrictamente dados de una vez y para siempre, sino que el sujeto debe estar trabajando constantemente para asegurar que lo reprimido se mantenga reprimido. Para ello, se sirve de los ceremoniales, las inhibiciones, la noción de culpa y castigo, y las prohibiciones. El obsesivo quiere mantener a raya la tentación de satisfacer sus pulsiones y su deseo. Por lo tanto, surge la angustia de sucumbir ante ella y acercarse a algo de lo reprimido, a algo del orden de su deseo.

Entonces, ¿qué son los ceremoniales, las inhibiciones, las prohibiciones?

Son actos transaccionales donde al mismo tiempo que se expresa el impedimento se expresa de manera deformada la satisfacción... estos mismos actos que en un primero momento tenían un sentido preventivo pasan a tomar fundamentalmente el significado de la realización pulsional que intentaban evitar.¹⁸

Freud las llama formaciones de compromiso, en tanto devuelven algo del placer que están destinadas a prevenir. Introduciendo la enseñanza de Lacan, en este punto podemos pensar que algo del goce del sujeto se pone en juego en esta satisfacción pulsional.

Como paradigma de la neurosis obsesiva encontramos la prohibición, la cual busca mantener alejado al sujeto de situaciones que despierten la tentación. Cuando hablamos de tentación, podemos entenderla —a esta altura de la enseñanza de Freud— como un efecto del deseo

reprimido. Tentación y angustia, ambas son señales de que hay deseo reprimido; el obsesivo pasa sus días intentando mantener distancia de ello. Lacan tomará estas conceptualizaciones para desarrollar su teoría del deseo imposible en la obsesión. Lo vemos claro ya en Freud, el neurótico obsesivo se las arregla para mantenerse alejado de situaciones donde su deseo esté en juego. Mantener el encuentro con su deseo como algo imposible.

El deseo en la neurosis obsesiva en Lacan

Para Lacan, el deseo es aquella parte de la necesidad que no ha sido articulada con la demanda. El deseo tiene que ver con algo del orden de lo real, estructurado por el orden significativo, a través del significante fálico. Lacan plantea que es “lo que se produce en la hiancia que la palabra abre en la demanda, y por lo tanto está más allá de toda demanda concreta”.¹⁹ El deseo siempre será escurridizo, encontrándose en la metonimia del discurso, no siendo posible ser nombrado. Lejos del *quiero tal cosa*, el deseo siempre será deseo de algo más.

La neurosis obsesiva se marca estructuralmente desde la imposibilidad del deseo. Es decir, imposible de nombrar, de saber sobre él. Lacan a esto lo llamará deseo evanescente. La estructura del deseo, entonces, la observamos como una báscula, insatisfecho-imposible. Insatisfecho, ya que es la estructura misma del deseo e imposible por la condición en esta neurosis. Particularmente en la obsesión, se presenta la oscilación del deseo en tanto el sujeto lo ejecuta en dos tiempos; primero, la afirmación de una acción; segundo, su cancelación. El deseo se realiza por medio de actos, por lo tanto, el obsesivo postergará y procrastinará continuamente los actos que lo acerquen a concretar algo de su deseo. Una oscilación que terminará por matar a aquel: “observamos la mecánica del sujeto obsesivo con el deseo — a medida

¹⁷ Freud, S. (1925-1926) “Acciones obsesivas y prácticas religiosas”, óp. cit., p. 103

¹⁸ Mazzuca R., Lombardi G. y De Lajonquiere C., Curso de Psicopatología V, Neurosis Obsesiva, óp. cit., p. 80

¹⁹ Lacan, J. (1957-1958) “El deseo del Otro”, El Seminario, Libro 5, Las formaciones del inconsciente, Buenos Aires, Paidós, 2020, p. 424.

que intenta, por las vías que se le proponen, acercarse al objeto, su deseo se amortigua, hasta llegar a extinguirse, a desaparecer”.²⁰

En la enseñanza de Lacan, el deseo es el deseo del Otro. Por lo tanto, el deseo siempre se juega en relación a otro, quien también está habitado por un deseo desconocido y ajeno. Partiendo de este lugar importante que Lacan destina al otro, será donde se ubique no solo el encuentro con el significante, sino también el encuentro con el deseo: “El Otro en cuanto lugar de la palabra, en tanto que es a él a quien se dirige la demanda, será también el lugar donde se ha de descubrir el deseo”.²¹

Para mantener distancia del deseo, el obsesivo buscará un amo por el cual ser demandado y al cual satisfacer sus demandas. En esta operación, transformará la categoría de deseo en demanda, con la intención de que el deseo desaparezca y que el Otro deje de desear cuando esa demanda sea satisfecha. Como así también, en la medida que se ocupa de satisfacer demandas, su propio deseo queda opacado y postergado. Mónica Torres plantea que “el obsesivo establece una relación de agresión especular a nivel del deseo. Su contradicción es imponerlo para que sobreviva y se sostenga, pero, para eso, el deseo del Otro debe ser maniatado”.²² Es decir, ser reducido al estatuto de demanda. Es a partir de su vinculación con el otro y el amo que el obsesivo armará su condición de imposibilidad.

El sujeto obsesivo “vive esperando la muerte del amo para empezar a vivir. Esta relación con el amo es la coartada del obsesivo para no jugarse con sus deseos”.²³ Retomando las fases freudianas del desarrollo libidinal, en la fase anal observamos la relación del sujeto con la demanda del Otro. En el caso del obsesivo, la importancia del juego dar o no dar y

el retener; situación de control sobre la demanda del otro: “aquí la retención juega un rol fundamental y abre el camino a un después, lo más tarde posible’. En esa postergación —si fuera posible, al infinito— se ubica su satisfacción”.²⁴

“El obsesivo resuelve la cuestión de la evanescencia de su deseo produciendo un deseo prohibido. Se lo hace sostener al Otro, precisamente mediante la prohibición del Otro.”²⁵ Pero, para sostener el deseo, este debe aparecer, por eso evanescente, Lacan dice que se balancea en un columpio. A la vez que se presenta, desaparece por temor a las represalias, su propia agresividad ante el deseo. Este punto lo podemos señalar desde Freud con la noción de los reproches, el sentimiento de culpabilidad y la necesidad de castigo. Allí ubicamos la agresividad que señala Lacan del obsesivo con su propio deseo. Sobre todo, en el temor de castigo si sus deseos son descubiertos, el delirio de ser notado —del cual hablaba Freud— y la fantasía de que algo malo sucederá si sus deseos no son sofocados por sus rituales y prohibiciones.

El sujeto obsesivo destruye el deseo del Otro. Avanza hacia el Otro con su deseo, para destruirlo. Pero ante el riesgo de que desaparezca por completo, retrocede para conservar al Otro. Para conservar al Otro, el obsesivo reduce el deseo a la demanda. Por lo tanto, el deseo del Otro se convertirá en demanda del Otro, o el suyo propio como demandado por el Otro.

Vive enjaulado queriendo salvar, preservar su deseo, para que no se contamine del Otro. Es tal su posición de ‘o el deseo o el Otro’ que a veces, cuando deja entrar al Otro a su fortaleza, es al precio de que éste renuncie a su deseo.²⁶

El deseo del obsesivo se regula a partir del fantasma, el cual funciona de velo para

²⁰ Lacan, J. (1957-1958) “El obsesivo y su deseo.” El Seminario, Libro 5, Las formaciones del inconsciente. Buenos Aires, Paidós, 2020, p. 420.

²¹ Lacan, J. (1957-1958) “El deseo del Otro”, óp. cit., p. 422.

²² Torres, M. “La fuga del deseo”, Clínica de las neurosis, óp. cit., p. 143.

²³ Mazzuca R., Lombardi G. y De Lajonquiere C., Curso de Psicopatología V, Neurosis Obsesiva, óp. cit., p. 114.

²⁴ Torres, M. “La pregunta por la existencia”, óp. cit., p. 119.

²⁵ Lacan, J. (1957-1958) “El obsesivo y su deseo”, óp. cit., p. 215.

²⁶ Torres, M. “La pregunta por la existencia”, óp. cit., p. 121.

cubrir el deseo del Otro y así mediar su encuentro.

Hay dos modos, esencialmente, en que el obsesivo usa su fantasma. Uno es el que resulta de sustituir el objeto a del deseo por la demanda que lo prohíbe... son sustituidos por significantes, ideales o no. Otro es el que resulta de acentuar la tachadura del sujeto ante la cercanía del a que, prohibido o no, sigue existiendo.²⁷

Freud se sirve de las formaciones de compromiso y las medidas protectoras para explicar cómo el obsesivo lidia con su deseo, mientras que con Lacan lo vemos a partir del concepto de fantasma. En Freud, el sujeto obsesivo utiliza ceremoniales, inhibiciones y prohibiciones para mantener a raya sus pulsiones y distancia de su deseo. Aquí Lacan nos dice que el fantasma recubre al objeto a y el sujeto sustituye ese a por una demanda que lo prohíbe.

Otro punto importante que Freud ubicó —y los psiquiatras que lo antecedieron también— es la puesta de los síntomas y el sufrimiento del neurótico obsesivo a nivel de pensamiento. En la enseñanza lacaniana, se plantea que el sujeto obsesivo logra apoyar su deseo en el significativo falo, ubicándolo en el goce del pensamiento. “Es en el despliegue de sentido, en la retórica de sus argumentos, que él se satisface”.²⁸ Esto lo ubicamos en Freud, en su descripción de los tipos de neurosis, donde las medidas protectoras que utiliza el sujeto ante lo reprimido se manifiestan en compulsiones como pensar, analizar y cavilar.

Este último punto aparecerá como una de las características paradigmáticas que nos encontraremos y que nos pondrá a trabajar con los obsesivos en análisis, siendo uno de los obstáculos principales a la hora de ubicar la división subjetiva. Ya que la teorización, el razonamiento y los rodeos se destacarán dentro del discurso del obsesivo en las entrevistas y sesiones.

A modo de cierre, comparto unas líneas de Macbeth:

Si estuviera consumado ya el acto, bien hecho fuera; o si encerrase en sí misma la hazaña sus consecuencias, con un éxito infalible o con la ruina cierta; de modo que el duro golpe omnipotente pudiera todo el mal o todo el bien llevar en sí de la empresa. Entonces yo saltaría de este promontorio y vega de los tiempos, sin espanto, a las regiones inciertas y costas de lo futuro.²⁹

²⁷ *Ibíd.*, p. 139

²⁸ *Ibíd.*, p. 131.

²⁹ Gregor, K. y Pujante, A. *Macbeth en España. Las versiones neoclásicas*, Murcia, Editum, 2011, p. 253.

Neurosis obsesiva bajo transferencia y el resorte del amor

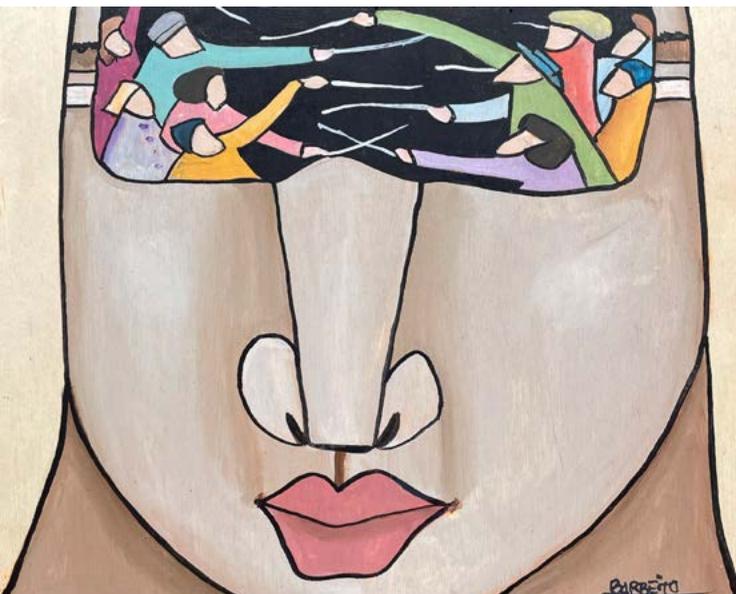
ANDREA MATTIAZZO

“Pero cuál es el engaño más auténtico, si no aquél que cierra, y sin dejarse derivar por lo que le traza un amor que yo llamaría espantoso”.¹

Podríamos pensar que la casuística de la neurosis obsesiva, en general, se trata de sujetos capturados en un padecimiento profundo, angustiados, desesperados,

como se diría vulgarmente, *con la soga al cuello*. Algunas veces se hacen preguntas acerca de lo que les sucede, otras buscan una respuesta o solución en el analista. Trabajan un tiempo, hacen algún retoque, y continúan su camino. Otras veces se dejan tomar por el discurso del Otro del inconsciente y se logra llevar adelante la tarea analítica. Entre una situación y otra, ¿cuál es la diferencia?, ¿dónde se encuentra la clave para poder proseguir con la tarea analítica?

La hipótesis que se propone aquí apunta a la transferencia. La tarea analítica, en las entrevistas iniciales, supone poder establecer, en primer lugar, si hay sujeto o no, si se logra producir división subjetiva. Miller sitúa este momento como evaluación clínica, localización subjetiva e introducción en el inconsciente, guiados por las preguntas de si estamos ante un sujeto de pleno derecho, cuál, y qué relación refiere entre enunciado y enunciación.²



¹ Lacan, J. (1961) “Entre Sócrates y Alcibíades”, El Seminario, Libro 8, La transferencia, Buenos Aires, Paidós, 2019, p. 191.

² Miller, J. A. (1997) Introducción al método psicoanalítico, Buenos Aires, Paidós, 2015.

Se trata de un primer tiempo donde hacer consistir algo del sujeto supuesto al saber y hacer semblante por parte del analista, recibir la demanda y creer un poco en las mentiras. “Tenemos que permitir al sujeto algunos engaños y no ir a buscar, inmediatamente, al sujeto en su fondo”.³ Esto permite la instalación de la transferencia, allí donde encontramos, según Lacan, “el secreto del análisis”.⁴ En este sentido, tomaremos un caso paradigmático de Freud en lo referente a neurosis obsesiva, para analizar la estrategia de la transferencia utilizada por Freud.

El hombre de las ratas

Vamos a situar algunas intervenciones de Freud que marcan su posición en la transferencia en distintos momentos del análisis:

Impresiona como una mente clara, perspicaz. Al preguntarle yo qué lo movió a situar en el primer plano las noticias sobre su vida sexual, responde que es aquello que él sabe sobre mis doctrinas. No ha leído nada de mis escritos, salvo que hojeando un libro mío halló el esclarecimiento de unos raros enlaces de palabras; y tanto le hicieron acordar estos a sus propios «trabajos de pensamiento» con sus ideas que se resolvió a confiarse a mí.⁵

El hombre de las ratas recurre a Freud ya en transferencia con su obra, *sus doctrinas*, con esto tiene que ver la elección del tema por el cual comenzar a hablar. Ubicando a Freud en posición de saber, sin embargo, el mismo Freud sostiene que no tiene que ver con el contenido de sus textos, ya que el hombre de las no ha estudiado, al parecer, su obra, pero repararemos en los “raros enlaces de palabras”. Para este sujeto, bastó asociar algo de la escritura de Freud con sus propios pensamientos.

El enigma del deseo del Otro se instala para el hombre de las ratas y va con la respuesta a hablarle de eso, eso de su vida sexual que no anda, eso que lo lleva a hablar, a pedirle análisis. Freud se le representa como alguien que sabe de aquello que a él se le hace enigmático.

Semblante de objeto a, ¿el resorte del amor?

Yo no le pongo en entredicho la gravedad de su caso ni la significación de sus construcciones, pero le digo que su edad es muy favorable, y es favorable también lo intacto de su personalidad; con esto le doy un Juicio aprobatorio sobre él, cosa que le produce visible contento.⁶

Freud hace semblante de objeto para el hombre de las ratas, lo acepta como analizante, consiente a sus mentiras y, sobre todo, hace semblante de saber en un primer tiempo lógico.

Erastés y erómenos:

Aquí se interrumpe, se pone de pie y me ruega dispensarlo de la pintura de los detalles. Le aseguro que yo mismo no tengo inclinación alguna por la crueldad, por cierto, que no me gusta martirizarlo, pero que naturalmente no puedo regalarle nada sobre lo cual yo no posea poder de disposición. Lo mismo podía pedirme que le regalara dos cometas.⁷

Podríamos preguntarnos por qué Freud incita a seguir hablando, aun en conocimiento del suplicio. ¿Qué implicaría consentir a la negación del sujeto a hablar de eso? Freud desarticula la dinámica entre erastés y erómenos, propia de la transferencia imaginara de su paciente, impide la realización de la metáfora del amor, realizando una sustitución por medio del artificio, simulacro del regalo.

Siguiendo a Lacan en sus planteos del *Seminario 8*, podemos pensar que el no

³ *Ibíd.*, p. 41.

⁴ Lacan, J. (1975) “La dirección de la cura y los principios de su poder”, *Escritos 2*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2018, p. 562.

⁵ Freud, S. (1909) “A propósito de un caso de neurosis obsesiva”, *Obras Completas Volumen X*, Buenos Aires, Amorrortu, 1992, p. 127.

⁶ *Ibíd.*, p. 141.

⁷ *Ibíd.*, p. 133.

consentir a la negativa del sujeto a hablar implica el sostener la asimetría propia de la transferencia, e impedir la sustitución de erómenos por erastés, diciendo algo así como sea lo que sea que me pidiera, no puedo dárselo, pues no lo tengo. Es allí donde Freud sostiene el vacío, *kénosis*, no accediendo a la demanda de amor que realiza el fantasma que aniquila al sujeto. “Ser amado es entrar necesariamente en la escala de lo deseable”.⁸

Freud, tal como observamos anteriormente en la cita, reconoce y señala el lugar de la transferencia, desmarcándose del “capitán cruel”, y agrega otro detalle sutil, que no le gusta martirizarlo. El analista consiente a la barradura de este modo, se coloca en serie con los crueles, a la vez que se desmarca de allí. En este sentido, podemos señalar la posición del analista y el deseo del analista operando. Se trata del analista en tanto a, como objeto causa, función lógica en el discurso del analista. Como lo articula Dicker; “[...] Lacan hace del objeto a una función lógica, posible de incluirse en los discursos. Más aún, ubicado en el Discurso del Analista como agente y soporte del mismo”.⁹ A fin de cuentas, de eso se trata, de hacer funcionar la maquinaria del lenguaje y proseguir el análisis.

Freud introduce un artificio, *regalo*. Este significativo marca en qué terreno libidinal se mueve la transferencia, dónde se sitúa el objeto a en cuestión. Instala la dinámica entre erastés y erómenos, haciendo aparecer el primero donde antes estaba el segundo, opera la sustitución, situando la palabra como valor de regalo entre analizante y analista —regalo que, de regalo, como situaremos luego, no tiene nada—. Pero no es el analista quien debe darle regalos al analizante; por su parte, para el analizante, regalar estas palabras implica ceder algo del objeto, no es cualquier cosa.

Es desde el propio lugar de objeto, agente y soporte que se logra esta operación. Freud se vale de ese lugar, utiliza el artificio del regalo y eso toca el cuerpo.

El suplicio emerge en la palabra anudando el registro de lo real con el registro de lo simbólico. ¿Podríamos sostener que dicho anudamiento produce una reducción de goce?, de aquel goce que Freud señala en el rostro del sujeto. Según Lacan, de lo que se trata es de hacer emerger una verdad, una verdad que “sólo puede ser dicha, porque lo que la constituye es la palabra, y porque sería necesario de algún modo decir la palabra misma, que es, hablando estrictamente, lo que no puede ser dicho en tanto que palabra”.¹⁰

Respecto del artificio del regalo, el hombre de las ratas da una significación muy particular al dinero, aspecto que a Freud no se le escapa en relación a la transferencia:

En sus delirios obsesivos {Ziuangsdelirien}, él se había instituido una formal moneda de ratas; por ejemplo, cuando, preguntado por él, yo le comuniqué el precio de la hora de tratamiento, eso dijo {es heisst} en él algo de lo cual me enteré seis meses más tarde: «Tantos florines, tantas ratas».¹¹

El pago a Freud, el dinero en el análisis, también entra dentro de las equivalencias de los delirios obsesivos, equivalencias que ubican a este paciente en la deuda eterna y el suplicio subjetivo interminable. Por lo tanto, el pago ocupa también el lugar de reducción de goce, es pagable, se traduce en florines. Vemos como nada hay de regalo; esto nos orienta, en la transferencia con sujetos obsesivos, a prestar especial atención a cuál es la relación al dinero.

Resulta oportuno traer una viñeta de un caso propio; un sujeto obsesivo señala en entrevistas preliminares, acerca de su situación actual de padecimiento, lo vergonzoso de pedir consulta con una analista “y pagar para hablar de eso”. Eso es su reciente separación, donde termina sin ninguno de sus bienes materiales y muchas deudas, martirizándose por estar “sin nada”. El asunto del pago se traslada a “pagar por amor”. Luego de un tiempo de análisis, y

⁸ Lacan, J. (1961) “Entre Sócrates y Alcibíades”, óp. cit., p. 190.

⁹ Dicker, S. “El deseo del analista” [en línea], Revista Virtualia, 2011, <https://www.revistavirtualia.com/articulos/339/lecturas/el-deseo-del-analista> [Consulta: 21 de agosto de 2023].

¹⁰ Lacan, J. (1950) Intervenciones y textos I, Buenos Aires, Manantial, 1985, p. 38.

¹¹ Freud, S. (1909) “A propósito de un caso de neurosis obsesiva”, óp. cit., p. 167.

cierto alivio sintomático, surge el chiste tras un corte de sesión “ahora hay que pagar”, ante lo cual asiento replicando las palabras. Algo de la significación martirizante en relación a su síntoma se alivia, para que al final de su recorrido pueda reírse un poco de “eso”, habiendo dejado de pagar en exceso y por todo.

El resorte del amor

Al hablar de resorte, se toma la idea de fuerza elástica, en su sentido de empuje, y, a la vez, de constricción. Impulsa y sostiene, permaneciendo igual a sí mismo durante dichas operaciones. Uno podría pensar que si el resorte se rompe, o se deforma, se deba a la impericia de quien lo ha utilizado. Es un medio para un fin; el resorte del amor en la transferencia analítica es eso, esa fuerza elástica de la cual valerse para hacer progresar un análisis, situándose el analista en la fuerza misma.

Yendo un poco más allá, si pensamos el resorte como figura topológica, el objeto a podría ubicarse en el centro mismo, por dentro a la vez que por fuera del resorte, pero en el eje desde donde se ejerce la fuerza, similar a la banda de Möbius. Espacio vacío, interno y externo; dicho resorte es desde donde la transferencia da lugar a la interpretación.

En *Hablo a las paredes*, Lacan señala: “No existe interpretación analítica que no esté dirigida a atribuir a cualquier proposición que encontramos su relación con el goce [...] en esta relación con el goce la palabra es la que garantiza la dimensión de verdad”.¹² Sin embargo, en este sentido la palabra no puede más que “mediodecir esta relación”.¹³ Esa carencia de la palabra obliga a la interpretación a una operación lógica r.e.s.o.n —resonancia y razón— a través de la lengua, remitiendo a la significación vacía. El significante ya vaciado de sentido resonará hasta tocar el cuerpo, es decir, en lo real del goce. Lacan juega con la expresión *hablo a los muros* por la homofonía entre muro y amor, para así remitir al hablar al vacío, que no resuena más que porque existe borde, muro.

Imagino la onda expansiva del sonido —voz, en solo eso se convierte el analista—, nota o solamente silencio golpeando el tímpano en un estremecimiento certero.

Esta evocación estremecedora, que resultaría en la operación lógica de la interpretación, refiere a la ligazón entre lo semántico y lo pulsional, el anudamiento de imaginario, simbólico y real. La resonancia hará pasar el sentido por los agujeros corporales-pulsionales, es decir, el agujero de lo real, el agujero del no hay relación sexual.

El “regalo” de las palabras solicitado por Freud resuena en el campo libidinal del sujeto produciendo anudamiento, algo del goce en juego cede, el resorte del amor permite la operación lógica.

¹² Lacan, J. (1972) *Hablo a las paredes*, Buenos Aires, Paidós, 2012, p. 71-72.

¹³ *Ibíd.*, p. 72.

Cuerpo y locuras obsesivas

SANTIAGO FERREIRA



Introducción: de la clínica discontinuista a la continuista

El recorrido de la enseñanza de Lacan nos confronta con un proceso de investigación que, a nivel teórico, avanza desde la

lectura como retorno a Freud, el invento del objeto *a*, la formalización de la lógica del fantasma, hacia un último período en el que se retorna al síntoma desde la perspectiva del *sinthome*. Al adentrarnos en el transcurso de los seminarios y de la clínica psicoanalítica lacaniana, debemos tener en cuenta que las últimas proposiciones no anulan anteriores desarrollos teóricos. Por el contrario, incorporamos primera, segunda y tercera enseñanzas en nuestra perspectiva clínica.

En primer lugar, y a grandes rasgos, con la introducción en la primera enseñanza de Lacan de los aportes de la lingüística desde el estructuralismo, a nivel epistémico, se puede ubicar la primacía de lo simbólico y la escucha del analista, sostenidas en un paradigma clínico significativo. La cadena significativa, así como el binomio palabra vacía y palabra plena, nos otorgan una dirección a la lectura del discurso de quien consulta —que podrá convertirse en analizante o no, según la forma en que se produzca ese comienzo de la partida en las entrevistas preliminares—. Se trata de una dirección que apunta hacia el sujeto del inconsciente, entendiendo al inconsciente estructurado como un lenguaje.

En segundo lugar, a partir del *Seminario 7*, Lacan introduce el concepto de goce y sus

¹ Lacan, J. (1959-1960) *El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1998.

relaciones con el más allá del principio de placer y la pulsión de muerte freudianos. Se comienza a interesar por hacer énfasis en aquello que se resiste a ser significantizado en la operación de estructuración subjetiva. Es ese resto que cae fuera de la operación significativa el que permite que, a nivel epistémico de nuestra escucha clínica, podamos ubicar como paradigma clínico al objeto a.

Lacan se dedica a lo real al punto de culminar proponiendo que los tres registros —real, simbólico e imaginario— tienen una importancia equivalente, mientras que en la primera postura primaba lo simbólico por sobre los otros dos. Este viraje se orienta en el interés por aquello que no anda y que fracasa una y otra vez. Esta indagación apunta, también, hacia aquellos restos sintomáticos con los que el *parlêtre* habrá de vérselas al final de un análisis. Tanto la dimensión significativa, como la dimensión del goce, operan en nuestra lectura/escucha del discurso de los analizantes. Ambas funcionan como operadores clínicos que permiten la dirección de las curas que llevamos adelante.

En este mismo sentido, ubicamos en primer lugar una clínica discontinuista y en segundo lugar, una clínica continuista. La primera de ellas, en función del estructuralismo y la división clara entre neurosis, psicosis y perversión de las estructuras subjetivas. La segunda clínica, fundamentalmente, a partir de los nudos borromeos y la lectura de Joyce, en donde tanto la pluralización de los Nombres del Padre como los arreglos singulares y la invenciones del *parlêtre*, borran las delimitaciones de las estructuras, provocando un continuum que decanta en la afirmación “todo el mundo es loco, es decir delirante”.² La generalización del delirio elimina, en forma cruda, lo estanco de ubicar con fijeza la locura del lado de la psicosis.

El esclarecimiento de las concepciones epistémicas que subyacen a la postura

clínica produce transformaciones en nuestra práctica. Por lo tanto, a la luz de lo antes postulado, podemos afirmar que a partir de la última enseñanza, y la clínica continuista, se observa con mayor claridad que hay locura en la neurosis —histérica, obsesiva y fóbica— y hay soluciones y suplencias que anudan los tres registros.

El cuerpo en la neurosis obsesiva

Comúnmente, asociamos a la histeria y a los síntomas conversivos con la dimensión corporal. Por otra parte, hacemos lo mismo con la neurosis obsesiva y el pensamiento. El pensamiento compulsivo, la postergación y la duda conforman la clásica fenomenología de las estructuras obsesivas. El sufrimiento en el pensamiento del obsesivo se hace presente en el discurso del analizante y ha sido un gran eje en el esclarecimiento psicoanalítico de sus síntomas. No obstante, es fundamental considerar que los sujetos obsesivos tienen un cuerpo y que es sobre esa apoyatura sobre la cual piensa.³

Dado que no va de suyo —de buenas a primeras— esa conjunción entre el obsesivo y el cuerpo, se hace necesario hacer hincapié en ella. Resulta interesante poner el foco en las particularidades con las que esta dimensión se hace presente en la locura obsesiva y, sin ir más lejos, es a partir de la última enseñanza de Lacan que podemos tomar elementos que nos orienten en su elucidación.

Fuentes⁴ plantea que en la neurosis obsesiva se produce un desplazamiento de libido desde el cuerpo hacia la dimensión del pensamiento. Es allí donde reside la omnipotencia y omnivigencia, características del sujeto obsesivo. Todo lo quiere controlar, todo lo quiere poder ver, lo cual vela su castración. Por su parte, Torres⁵ señala que en el obsesivo se produce un desdoblamiento de la mirada: desde donde mira y desde donde se mira. A su vez, siguiendo a Mazzuca, existe en el obsesivo “un desdoblamiento entre la imagen de su

² Lacan, J. (1978) ¡Lacan por Vincennes! [en línea], <https://elpsicoanalisis.elp.org.es/numero-41/lacan-por-vincennes/> [Consulta: 23 de agosto de 2023].

³ Fuentes, A. “El cuerpo en la histeria y en la obsesión”, *El misterio del cuerpo hablante*, Barcelona, Gedisa, 2016.

⁴ *Ibíd.*

⁵ Torres, M. “La pregunta por la existencia”, *Clínica de la neurosis*, Buenos Aires, Grama ediciones, 2014.

yo y la mirada (con) que (se) lo observa”⁶, y esta puede “representarse en el nudo con un cuarto redondel que redobla lo imaginario y caracterizaría de este modo el *sinthome* obsesivo”.⁷

Como ejemplo de ello, vela lo real del cuerpo que emerge en enfermedades orgánicas, haciendo a un lado la presentificación de la castración. Podemos situar a las contracturas, los malestares estomacales, enfermedades en la piel, entre otras, como parte de los fenómenos que se producen en las presentaciones clínicas de las locuras obsesivas.

Usualmente, basta un tiempo prolongado para que hable de ello en análisis, aun cuando muchas veces busca el sentido de sus afecciones en su psiquismo. Siguiendo a Fuentes, “el obsesivo manifiesta su desconexión del cuerpo negando los signos que en su cuerpo advierten de que hay castración, de que los límites existen”.⁸ Es así como el obsesivo, entre significación y significación, explora en su pensamiento —llevándolo a análisis— el sentido de sus síntomas. Sin embargo, en ese pensamiento se goza, y también el pensamiento se constituye como causa de goce.⁹ Siguiendo a Lacan, Miller precisa que en tanto que el cuerpo goza, el pensamiento yerra.¹⁰ Es decir, el pensamiento y sus derivas yerran y dan cuenta de la debilidad mental en la que todos los *parlêtres* estamos inmersos.

La concepción del cuerpo de la última enseñanza de Lacan gira en torno a que este se constituye en una entidad aislada para el *parlêtre*, se convierte en algo extraño para él. El *parlêtre* no depende de un cuerpo —por lo cual no se trata de un ser aristotélico—, recibe su ser de la palabra, “el *parlêtre* tiene un cuerpo, pero no lo es”.¹¹

Miller plantea que “el cuerpo aparece como el Otro del significante, en tanto que marcado, en tanto que el significante hace en él acontecimiento; este acontecimiento de cuerpo que es el goce, aparece como la verdadera causa de la realidad psíquica”.¹² Por lo tanto, en el encuentro primero entre el cuerpo y el significante, se produce un acontecimiento de cuerpo que es causa de goce y de la realidad psíquica del *parlêtre*. Un encuentro que tiene efectos y consecuencias que mortifican y vivifican el cuerpo.

Desde esta perspectiva en la que decimos que se tiene un cuerpo, también podemos decir que el obsesivo que se desconecta de él, se desconecta del goce también. El goce del obsesivo girará en torno a lo prohibido y al pensamiento. Como plantea Torres, el goce que está prohibido se puede “experimentar a condición de no verlo”.¹³

Intervenciones analíticas

¿De qué aportes de la última enseñanza nos podemos servir en nuestras intervenciones analíticas con sujetos obsesivos? Laurent plantea que en la última enseñanza nos encontramos con un pasaje de la interpretación que da sentido a una interpretación asemántica que apunta específicamente a la opacidad del goce.¹⁴ Esta forma de concebir la interpretación implica el corte y tiene como objetivo hacer frente al goce, a la vez que busca una no-reactivación.

Asimismo, siguiendo a Miller y a Lacan, Laurent señala que, en este último paradigma de la interpretación, la dimensión en juego es la de lo que ya estaba escrito, apuntando a reconducir la palabra al texto original. Texto original que, a lo largo de la vida del sujeto, fue *mal leído*, y que en la experiencia del análisis

⁶ Mazzuca, R. “La neurosis obsesiva”, Jacques Lacan: el psicoanálisis y su aporte a la cultura contemporánea, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2017, p. 406.

⁷ *Ibid.*

⁸ Fuentes, A. “El cuerpo en la histeria y en la obsesión”, *óp. cit.*, p. 32

⁹ Fuentes, A. “El cuerpo en la histeria y en la obsesión”, *óp. cit.*

¹⁰ Miller, J. A. “El traumatismo de la lengua”, Piezas Sueltas, Buenos Aires, Paidós, 2013.

¹¹ Miller, J. A. “La perspectiva borromea”, Piezas Sueltas, Buenos Aires, Paidós, 2013, p. 65

¹² Miller, J. A. (2012) “Tener un cuerpo” [en línea] https://jornadaseol.ar/31J/OT/OT_Miller_TenerUnCuerpo.pdf [Consultado: 23 de Agosto de 2023].

¹³ Torres, M. “Goces y tormentos en la obsesión”, Enlaces: Psicoanálisis y cultura, N° 22, 2016, pp.11-18.

¹⁴ Laurent, E. “El relámpago y el síntoma”, Revista Lacaniana de Psicoanálisis, XV, N° 28, 2020, pp. 54-71.

se reconducirá a la lectura de lo escrito originariamente a partir del encuentro de la lengua y el cuerpo, en el acontecimiento de cuerpo.

La interpretación como jaculación, que no se pega al sentido y no apunta a desplegar la secuencia de la cadena significativa (S2-S2-...), hace lo suyo en tanto da un nuevo uso al significante a partir de la voz como vociferación. La dimensión de la vociferación va más allá del significante y el significado, rompe con la conexión entre el enunciado y la enunciación y va en dirección al goce. El impacto del decir, de la vociferación de la jaculación, tiene una acción sobre el síntoma.

Laurent señala que “el significante nuevo se inscribe sobre una superficie en la que ningún fulgor de sentido viene a inscribirse”.¹⁵ Constatación que no encadena sentidos, ni despliega otras significaciones, ni genera desplazamientos metonímicos del significante. A la luz de las transformaciones epistémicas y clínicas de la última enseñanza, podemos inferir que la función de corte y constatación, el impacto del decir de la interpretación jaculatoria, van a contrapelo de la lógica obsesiva, aun cuando esta sea absurda, e interrumpen la carga y el fulgor de sentido que produce la interpretación semántica.

Es necesario un tiempo en el análisis para desplegar el discurso del analizante en la asociación libre, a la vez que se produce una histerización de este. Sin embargo, avanzado el mismo, se tratará de un esfuerzo de síntesis y reducción que apuntará a contravenir el fulgor del sentido. Cabe mencionar también que en el transcurso del análisis también será importante cernir y señalar puntos de goce que irán circunscribiendo la modalidad de goce.

Para concluir, el cuerpo mortificado del obsesivo —cuerpo que se tiene y en el que se goza en lo prohibido—, asiento pulsional de su pensamiento, toma una crucial importancia en la experiencia del análisis y es en esa dirección a la que es posible apuntar con la interpretación jaculatoria.

¹⁵ Ibíd.

¹⁶ Ibíd., p. 71.

El tiempo en la neurosis obsesiva

ANDREA FERNÁNDEZ

Una de las premisas fundamentales para nuestra formación psicoanalítica es que el inconsciente es atemporal. En la práctica clínica, dicha atemporalidad puede leerse de diversas maneras. Para cada sujeto, el manejo del tiempo es sintomático. En esta oportunidad, me pregunto por las formas en que suele tomar en la neurosis obsesiva la temporalidad para el sujeto.

Miller nos indica que, si bien el inconsciente no conoce el tiempo, sí lo hace la libido.¹ Existe una temporalidad propia del sistema inconsciente, siendo Lacan quien alude a la paradoja del futuro contingente. Para dar cuenta de ella, Miller propone discernir dos tiempos: el tiempo 1, que es el tiempo que va hacia el futuro, el tiempo que está continuamente duplicado por el tiempo 2. Este tiempo 2 se dirige al pasado y es el constitutivo de la significación. Estos dos tiempos permiten discriminar entre un tiempo que progresa en dirección al futuro y un tiempo que retro actúa, que se dirige al pasado. El tiempo que se dirige al pasado es el que instituye la ilusión de eternidad.²

Asimismo, Miller nos enseña que Lacan realizó un esbozo de una clínica del tiempo, enfatizando que la regresión se produce, en forma primera, en la articulación de la cadena significante. Esta distinción, en cuanto a la temporalidad, permite retornar a la premisa freudiana de que el inconsciente es atemporal, como una eternidad y como un ser real.³ Freud señalaba que el deseo inconsciente se mantiene siempre activo y que los procesos inconscientes son inalterables e intemporales; el tiempo pertenece al sistema conciente.

Retomando la pregunta inicial respecto de qué formas acostumbra a tomar en la neurosis obsesiva la temporalidad para el sujeto, Naranjo indica que en el obsesivo hallamos dos formas que



¹ Miller, J. A. (2000) La erótica del tiempo y otros textos, Buenos Aires, Tres Haches, 2016, p. 21.

² *Ibíd.*, p. 20.

³ *Ibíd.*

parecen contraponerse en cuanto al manejo del tiempo: la procrastinación y el *apresuramiento*.⁴ Suele reconocerse el tiempo en el obsesivo en la posición de procrastinación, en cuanto se localiza un goce de la suspensión del tiempo.

El origen de la neurosis obsesiva radica en la educación del comportamiento anal. En el Seminario 5, Lacan sitúa que el obsesivo “[...] ha de constituirse frente a su deseo evanescente”.⁵ Ubica allí que el obsesivo —al igual que la histérica— tiene la necesidad de un deseo insatisfecho, un deseo más allá de la demanda. “El obsesivo resuelve la cuestión de la evanescencia de su deseo produciendo un deseo prohibido. Se lo hace sostener al Otro, precisamente mediante la prohibición del Otro”.⁶ Lacan subraya el papel que juega el Otro en la dimensión de la demanda de obtener el objeto anal. La retención muestra la valorización de la demanda del Otro, el sujeto obtiene la demanda del Otro como objeto haciéndolo esperar y esto implica ya un manejo del tiempo.

Por su parte, Miller señala que lo que rige esta experiencia es una maniobra con el tiempo que produce un efecto, el de hacer surgir la espera.⁷ Hallamos a la espera, entonces, como categoría temporal, enfatizada por Lacan como aquella que le permite mantener el control del lazo al otro, “[...] es la espera la que mantiene al otro en suspenso para hacerlo dar su objeto demanda [...] la espera presentifica el futuro antes de que sea registrado como pasado”.⁸ La espera se ubica antes del cruzamiento de los dos vectores del tiempo, el que progresa y el que retro actúa.

La estrategia del obsesivo apunta a anticipar, prevenir. El obsesivo, entonces, actúa para reducir el azar y eliminar la contingencia. Procura que el objeto a no sea capturado por el goce y su pensamiento se dirige en la búsqueda de la comprobación de que ello no ocurra.

Por tanto, le es necesario que el goce pase a la contabilidad; sin embargo, es verificable que la cadena no es capaz de atrapar el goce, entonces la cadena será replicada a nivel de pensamiento. El pensamiento lo llevará a dudar, allí aparecerá la duda obsesiva, ¿y el tiempo? La cadena va a reproducir el goce. El pensamiento lo conducirá a la duda, el tiempo tomará forma de procrastinación.

La prisa, otra de las estrategias del obsesivo para hacer un tratamiento temporal, cumple la función de tapan el agujero por donde retorna el significante en la cadena —aquel que nombraría el goce propio—. Eso que no entra en la cuantificación, entra allí bajo la forma de la prisa. El uso de la prisa permitiría tapan la castración y extraer goce allí, manteniendo al Otro aún completo —por el momento—, manteniéndose el sujeto aún en su síntoma obsesivo.

⁴ Naranjo, J. A. “La neurosis obsesiva o los paraísos perdidos”, Textos on-line Escuela de la Orientación Lacaniana. N° 1- Serie II, 2003.

⁵ Lacan, J. (1957-58). El Seminario, Libro 5, Las formaciones del inconsciente, Buenos Aires, Paidós, 2009, p. 413.

⁶ *Ibíd.* p. 423

⁷ Miller, J. A. (2000). *Op. Cit.*, p. 24.

⁸ *Ibíd.*, p. 27.

El obsesivo y el analista

SILVIA B. BOTTAZZI

En muchas ocasiones, nombramos a las histéricas para ubicar algo de la pregunta que le ha permitido a Freud encontrarse con el inconsciente y, desde allí, poner al psicoanálisis, también al psicoanalista, sobre la mesa. Sabemos que Lacan entra por la ventana de la psicosis para descifrar a ese sujeto del inconsciente pronto a hacerse oír y que desde allí leerá a la neurosis. Ahora, ¿qué lugar para la neurosis obsesiva?

¿Entonces?

Miller recuerda un término usado por Lacan en sus primeros textos, donde menciona a la neurosis obsesiva como una “enfermedad de la intrasubjetividad”.¹ La partida se juega consigo mismo. El pensamiento aparece como rebelde, tomando consistencia de cosa, como si las ideas tuvieran densidad. Es así como algunos pensamientos resultan intrusivos, contra los que el sujeto entiende que debe luchar o esforzarse para no producirlos.

Coccoz retoma aquello que Freud postuló como modalidad específica de la defensa en la obsesión, la desconexión de la representación y el afecto, “entendiendo por afecto un «exceso» que Lacan llamará objeto a, del cual la angustia es su traducción corporal”.² En la clínica,

¹ Miller, J. A. (1989) “La contribución del obsesivo al descubrimiento del inconsciente”, Introducción a la clínica lacaniana. Conferencias en España, Barcelona, Gredos, 2019, p. 194.

² Coccoz, V. (2012) “Cizalla en el alma” [en línea], Revista Freudiana N° 64, <https://freudiana.com/cizalla-en-el-alma/> [Consultado: 10 de julio de 2023].



perturbando la defensa, se apuntaría a la apertura de las puertas del inconsciente, restableciendo la conexión, o sea, produciendo la división subjetiva.

En la neurosis obsesiva, es anulado el entre dos significantes, separándolos, con lo que logra un ordenamiento temporal, uno antes y otro después; toma privilegio la sucesión y que haya tal sucesión lo alivia. El pensamiento obsesivo se sustenta en una lógica, pero absurda, en lo que Freud marcaba como el “Si... entonces”.³

Por su parte, Miller trabaja el “entonces”⁴ y una de las facetas resaltadas es la inclusión del tiempo, un tiempo que pretende poner fuera a la contingencia, al azar. “La locura del entonces es la locura de lo necesario, la negación del azar; es encadenar el discurso mediante la necesidad”.⁵ En lo que sería el terreno de los analistas, Tarrab trae esta intervención:

Meltzer es el teórico más consistente de lo que se llama encuadre, y al mismo tiempo es responsable, con otros, del intento más racional de la eliminación definitiva, casi la decapitación en el Psicoanálisis de lo inesperado. Es el verdugo del azar y de la contingencia en la experiencia analítica.⁶

A partir de aquí, podemos pensar en la formación del analista, aquella formación clásica, donde se esperaba una acumulación por la vía del saber, intentando, de esta manera, dominar el goce. Muy diferente al planteo de Lacan, resaltando una formación donde lo importante es la posición del analista en tanto objeto a, dejando por debajo de la barra al saber, que tiene que quedar como supuesto. La vía de la identificación freudiana, utilizada por los clásicos, plantea que para hacer un analista, hay que partir de un analista. Esto es desmantelado por

Lacan al plantear que un analista se hace a partir de su análisis. Lacan, entonces, traza para su Escuela ciertas pautas para someter a verificación —con el pase, por ejemplo— el devenir analista bajo la trama de un “hagan como yo, no me imiten”.⁷

Me encuentro, entonces, pensando en un psicoanálisis que fuera sostenido por analistas que hagan propicio y avalen los encuadres obsesivos llevados a su máxima potencia, colocando en una secuencia, uno tras otro, a los analistas. En contraposición a ello, un psicoanálisis lacaniano, donde no se pretende situar lo perdido, sino que se apunta a lo que resta, lo que resiste, en tanto posee una materialidad diferente al sentido, un resto que no responde del síntoma.

Preguntas

Miller se ocupa de la pregunta del obsesivo, esa que no se dirige al otro, sino que se plantea a sí mismo. Es la paradoja de su posición: “[...] al plantearse las preguntas a sí mismo, él es quien no sabe, y a la vez, quien debe dar la respuesta”.⁸ Atascado en la inmovilización, con un gran trabajo y con la procrastinación, tenemos allí el estilo peculiar en la neurosis obsesiva. La duda, con el toque de arrogancia, en tanto no quiere recibir la respuesta del otro, acompañado de un fuerte imperativo y la demora en su respuesta: “[...] esto define lo imposible de su posición. En cierto modo, no tiene otra salida que desaparecer”.⁹ Asimismo, Miller ubica las dificultades con la interpretación, en tanto surgen como la pretensión de otro —el analista— de responder en su lugar.

Miller, además, se pregunta: “¿Cuál sería entonces la función del saber?”¹⁰ Si no aparecen preguntas dirigidas a un otro, “[...] se tratará de asistir al debate del sujeto

³ Miller, J. A. (1989) “La contribución del obsesivo...”, óp. cit, p. 195.

⁴ Miller, J. A. (1993-1994) *Donc. La Lógica de la cura*, Buenos Aires, Paidós, 2011, p. 12.

⁵ *Ibíd.*, p. 14.

⁶ Tarrab, M. “Lacan, los obsesivos y los molinos de viento de la formación analítica”, *Lacan hispano*, Buenos Aires, Grama, 2021, p. 297.

⁷ Lacan, J. (1974) “La tercera”, *Intervenciones y textos 2*, Buenos Aires, Manantial, 1993, p. 81.

⁸ Miller, J. A. (1984) “Los preguntones”, *Introducción a la clínica lacaniana. Conferencias en España*, óp. cit., p. 64.

⁹ *Ibíd.*

¹⁰ *Ibíd.*, p. 65.

con su propia pregunta, de ser espectador del tormento de su pregunta¹¹. El saberlo todo no vale nada, en tanto lo valioso allí, lo importante, es la pregunta misma. El analista queda reducido a un deshecho.

En la neurosis obsesiva, el Otro es puesto entre paréntesis, “[...] no hay una llamada al otro porque el otro es un cadáver, y es así como retorna sobre el sujeto”.¹² El obsesivo no consigue hacer lazo social.

¿Quién es el que plantea la pregunta? Es el amo, ese que pone al otro a trabajar para responder. El obsesivo es el que trabaja, es el esclavo de sus preguntas. La pregunta queda del lado contrario al trabajo. En un análisis, el analista es el amo que pone a trabajar al otro. Y el otro, en tanto obsesivo, contribuye así al psicoanálisis.

Como contribuciones, en el intento de trabajo de separación de los significantes, podríamos encontrar la emergencia encarnada de la lógica de la cadena signifiante; y, en su esfuerzo desesperado, en el intento de numerar el goce fálico nos muestra el concepto de goce. Aunque la consideración de la particular relación al deseo del Otro seguramente ha colaborado en la exploración de la angustia y de allí, tal vez, Lacan extrae el objeto a, su invento.

En relieve

Pensando en la formación del analista de orientación lacaniana, me quedo con lo postulado por Lacan como la “inmersión”¹³, en contraposición al “cursus”¹⁴, el que supone un itinerario estandarizado. Encuentro también allí una indicación de distancia con las acumulaciones de saber obsesivo, ese que no se dirige a otros, salvo por el uso de la identificación de un analista a otro analista, pero iguales, en serie. Allí no se trata de ser el puerro entre las cebollas.

Dice Miller: “La cebolla que quiere ser un puerro es como la rana que quiere ser más gorda que el buey. La fábula de la Fontaine se refiere a eso, a la identificación desafortunada, porque la rana revienta”.¹⁵

Entiendo que es la escuela de Lacan una posibilidad de dar lugar al deseo, deseo de escuela. No se trata de una secuencia, con la repetición compulsiva y ritualista de la modalidad obsesiva que busca anular el deseo, reducirlo a la demanda, acabando en una inmovilización, intentando contar lo incontable.

Si arrimamos la vía de la neurosis obsesiva —parafraseando a Mazzuca¹⁶— tenemos una formación anclada en la forma más bien esférica, donde el yo y la conciencia conducen a una inflación de lo imaginario, dejando lejos al toro topológico de la histeria, donde el agujero es admitido y se entrelaza con el inconsciente y la elaboración de saber.

La escuela de Lacan, apoyada en el deseo, encuentra su salvoconducto para orientarse por lo real, sosteniendo impecable la contingencia necesaria para que el psicoanálisis siga vivo.

¹¹ *Ibíd.*

¹² *Ibíd.*

¹³ Miller, J. A. (2001) “El desbroce de la formación analítica”, Introducción a la clínica lacaniana. Conferencias en España, *óp. cit.*, p. 538.

¹⁴ *Ibíd.*

¹⁵ Miller, J. A. (1986-1987) *Los signos del goce*, Buenos Aires, Paidós, 2012, p. 19.

¹⁶ Mazzuca, R. (2017) “La neurosis obsesiva”, Jacques Lacan. El psicoanálisis y su aporte a la cultura contemporánea, Madrid, Fondo de cultura económica de España, 2017, p. 406.

El obsesivo y la lógica de grupo

ANA INÉS BERTÓN



Comenzaré el texto con la siguiente cita:

El Humano es una curiosidad maravillosa [...] ingenuamente y con toda sinceridad, se llama a sí mismo «la obra más noble de Dios». Esto que os digo es verdad. Y no es una idea nueva en él; sino que la repite desde tiempos inmemoriales, tanto que ha acabado por creérsela, sin que nadie en toda su raza sea capaz de reírse de ella. [...] Está convencido de que el Creador no sólo está orgulloso de él, sino que le quiere, que tiene pasión por él y que se pasa las noches en vela, rendido de admiración, sí, vigilándolo y manteniéndolo fuera de peligro.¹

Esta carta ficticia, publicada un siglo después de ser escrita, evidencia, con mucho sarcasmo, varias cuestiones de la lógica obsesiva: su relación con los otros, con el Otro como figura del ideal y con su propia imagen narcisista. Si conlleva para

mí un interés actual, es porque manifiesta la vertiente narcisista del ser humano, que empuja cada vez más a la promoción del individualismo. Es lo que vemos hoy en día bajo diferentes slogans que inundan las redes sociales y que sostienen diversas terapéuticas que tienen como finalidad fortalecer el yo.

El fortalecimiento del yo no sólo nos interesa porque hace obstáculo a la dirección de la cura, sino, principalmente, porque el yo es agresivo. Podemos decir, entonces, que a mayor fortalecimiento del yo en la actualidad, mayor agresividad habrá en la sociedad en la que vivimos.

Ahora bien, existe una diferencia sustancial entre el narcisismo evocado en la carta de Twain, que necesita de la creencia de una entidad superior que lo reconozca en su esplendor y el narcisismo que prescinde de esta figura y que es el que más encontramos en la actualidad. Para abordar este punto, es preciso entender la

¹ Twain, M. "Las cartas de Satán desde la Tierra", Los escritos irreverentes. Madrid, Impedimenta, 2018, p. 26.

lógica que subyace a ambas vertientes del narcisismo: el conjunto cerrado.

Lacan, en su texto “La agresividad en Psicoanálisis”, encuentra que “[...] la furiosa pasión, que especifica al hombre, de imprimir en la realidad su imagen es el fundamento oscuro de las mediaciones racionales de la voluntad”.² Llama la atención que utilice el sintagma *fundamento oscuro* para referirse a lo que funda las decisiones tomadas por el yo, ya que pone de relieve que hay un más allá —independientemente de las buenas intenciones que el yo pueda tener—. Es decir, incluso en nombre del bien se obra desde una oscuridad. Ahora, ¿en qué medida imprimir en la realidad la imagen de sí se torna un fundamento oscuro?

Siguiendo el texto de Lacan, se puede ubicar que, en la medida en que se avanza hacia la promoción del amor propio, y a tornar la realidad a imagen y semejanza del yo, se llega a la destrucción y la muerte. Lo explica de la siguiente manera:

Está claro que la promoción del yo en nuestra existencia conduce, conforme a la concepción utilitarista del hombre que la secunda, a realizar cada vez más al hombre como individuo, es decir en un aislamiento del alma cada vez más emparentado con su abandono original.³

Este aislamiento comporta la verdadera paradoja del obsesivo que, a la vez que intenta protegerse de las afrentas externas, se aísla en lo que Lacan llama la jaula del obsesivo. Lo paradójico reside en que, en el mismo movimiento defensivo que lo lleva al encierro, mata allí su propio deseo.

El obsesivo arrastra en la jaula de su narcisismo los objetos en que su pregunta se repercute en la coartada multiplicada de figuras mortales y,

domesticando su alta voltereta, dirige su homenaje ambiguo hacia el palco donde tiene él mismo su lugar, el del amo que no puede verse.⁴

Aquí es importante el temor a la muerte que Lacan toma de Hegel y que explica el desdoblamiento que se produce en el obsesivo. Es en relación al amo absoluto que Lacan expone cómo el obsesivo está “subordinado al temor narcisista de la lesión del cuerpo propio”.⁵

En esta subordinación aparece lo que Lacan denomina conciencia de sí, que se sostiene en relación a este ideal de ser siempre visto, tal como ejemplifica Twain con la figura del creador. En la neurosis obsesiva, la conciencia de sí cobra, entonces, una doble dimensión: “Consciente, consius designa originalmente la posibilidad de complicidad del sujeto consigo mismo, en consecuencia, también una complicidad con el Otro que le observa”.⁶

Así, el obsesivo taponar la división subjetiva “[...] sostenido en un yo fuerte y el fantasma panóptico”,⁷ lo cual, a la vez que demarca el registro del todo en el que está inmerso, deja por fuera cualquier elemento que se pudiera presentar contingentemente. En relación a este punto, Indart destaca que la agresividad en la neurosis obsesiva no obedece solamente a los deseos o pulsiones pulsionales de destrucción, “[...] sino a la unidad total narcisística, a la defensa como conjunto cerrado”.⁸

El Todo.

Volviendo a la cita de Mark Twain, la lógica en la que un conjunto —en este caso, los humanos— se ordena bajo una figura —Dios— que los representa como ideal, es tomada por Freud para trazar su teoría en base a las identificaciones de grupo.⁹ Así, este se compone por sujetos entre los

² Lacan, J. (1948) “La agresividad en Psicoanálisis”, Escritos I, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2005, p. 109.

³ *Ibid.*, p. 114.

⁴ Lacan, J. (1953) “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, Escritos I, *óp. cit.*, p. 292.

⁵ Lacan, J. (1948) “La agresividad en Psicoanálisis”, *óp. cit.*, p. 115.

⁶ Lacan, J. (1961) “La presencia real”, El Seminario, Libro 8, La Transferencia, Buenos Aires, Paidós, 2010, p. 290.

⁷ Godoy, C. y Schejtman, F. “La nominación imaginaria en la neurosis obsesiva”, Anuario de Investigaciones, vol. XVII, 2010, pp. 73-77.

⁸ Indart, J. (2001) La pirámide obsesiva, Buenos Aires, Tres Haches, p. 65.

⁹ Freud, S. (1921) “Psicología de las masas y análisis del Yo”, Obras Completas Volumen XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 2010.

cuales prima una identificación especular y un líder que encarna la figura del ideal del yo, a partir de la cual se establece la idea de un ideal común. De esta manera, el grupo se presenta como un conjunto cerrado.

Tal es la lógica que Lacan precisa en el *Seminario 20* para desarrollar el lado macho de las fórmulas de la sexuación y que responde a la lógica del todo.¹⁰ El conjunto cerrado implica un *para todo* x que iguala a quienes pertenecen al grupo y un elemento que se erige como la excepción que confirma la regla, para el cual el *para todos* no aplica.

La excepción, siguiendo la idea de Twain, sería el Dios —que estaría en el lugar del amo de Hegel—, en tanto es una figura omnipresente y omnisciente. Esta figura también es representada como el padre en la lógica de la sexuación, ya que sería quien establece las reglas para el conjunto, sin ser afectado, necesariamente, por ellas.

Esta lógica, evocada también en *El malestar en la cultura*¹¹, es el fundamento de las religiones y de todo grupo humano. Con esto quiero destacar dos cosas: por un lado, su vertiente pragmática y, por otro lado, el asunto de creencia.

Miller, a partir de un exhaustivo recorrido sobre la maquinaria del todo y el no-todo, postula lo siguiente:

En efecto, la función del padre está ligada a la estructura que Lacan encontró también en la sexuación masculina una estructura que comporta un todo, dotado de un elemento suplementario y antinómico que hace de límite, que le permite al todo, precisamente, constituirse como tal. Hace de límite y así permite organización y estabilidad. Esta estructura es la matriz misma de la relación jerárquica.¹²

Allí, se puede ver la vertiente pragmática del régimen del todo. Este régimen sirve,

justamente, para que exista organización y estabilidad. En una sociedad se crean reglas, leyes y lugares que sirven para ordenar a los individuos. El lenguaje y el huso horario son ejemplos de esta lógica.

Ahora bien, servirse de esta lógica no es lo mismo que creer en ella. Creer en la lógica del todo a rajatabla no permitiría que la lengua se modificase con el paso del tiempo, ni que existan los dialectos o el lenguaje inclusivo, por ejemplo. Sería pensar que la ley está dada de antemano y que es, por este carácter, incuestionable e inmodificable.

Decía al inicio que hay una diferencia entre el narcisismo que necesita de una figura ideal y el que prescindir de ella. Por un lado, encontramos a los neuróticos “que se despojan de su narcisismo para ofrecerlos en aras de un Ideal del yo (Ichideal) altamente valorado”¹³; por otro lado, a quienes llevan su libido para erigir en ellos mismos un yo ideal —*ideallich*— que será objeto del amor propio.

¿Podrá pensarse que, en la época que impera, donde la figura del ideal ya no es fuente de identificaciones de la misma manera, nos encontramos más con sujetos que se erigen a sí mismos como yo ideal? Este aspecto es clave en la dirección de la cura si se tiene en cuenta que el lugar donde el sujeto obsesivo vierte su narcisismo nos dará las claves para movernos en el terreno de la transferencia.

Es posible que quienes se despojan de su narcisismo eleven al analista al ideal del yo, como forma de obturar la castración y no permitir que se despliegue la división subjetiva. Por su parte, quienes sean ellos mismos fuente de amor propio, que adopten una actitud canalla que dificulte la aparición, siquiera, de una pregunta acerca de lo que le acontece. La maniobra transferencial dependerá de ello.

¿Cómo perturbar la defensa en este sentido? Entiendo que la defensa que imprime el régimen del todo puede

¹⁰ Lacan, J. (1972-1973) *El Seminario, Libro 20*, Aún, Buenos Aires, Paidós, 2011.

¹¹ Freud, S. (1930) “El malestar en la cultura”, *Obras Completas Volumen XXI*, Buenos Aires, Amorrortu, 2010.

¹² Miller, J. A. (2002) “Intuiciones milanesas (I)”. *Cuadernos de Psicoanálisis* 29, Eolía, Bilbao, 2004, pp. 19-20.

¹³ Miller, J. A. (2017) “Cándido en Milano” [en línea], *Lacan Cotidiano*, N° 701, <https://www.eol.org.ar/biblioteca/lacancotidiano/LC-cero-701.pdf> [Consulta: 20 de abril de 2024].

ser perturbada, justamente, a partir de la inclusión del no-todo. Para esto, es necesario el factor sorpresa que desarticule la serie repetitiva del todo para que algo nuevo emerja y, con ello, la pregunta por el deseo del Otro. Hacer valer en el espacio analítico que la ley no está dada de antemano, que la estructura regular que imprime la serie del automatón sirve como condición de la *tyche*, será una vía para que esto sea posible.

En el régimen llamado “no-todo”, la serie es esencial; pero lo es en tanto estructuralmente imprevisible; en los hechos sería tan regular como la otra: es que la ley no está dada de antemano. Una cura de orientación lacaniana [...] se soporta de una serie de sesiones de este orden, a saber “*lawless*” (“fuera de ley”, lo que no es lo arbitrario).¹⁴

Para ilustrar este punto expondré una breve viñeta. G tocaba timbre y subía a sentarse en la sala de espera hasta que la analista le indicase que entrara al consultorio. Parecía no conmoverse ante esperas prolongadas, ni cuando se lo hacía pasar antes de su hora de consulta, incluso no se mostró afectado cuando alguien que había llegado luego que él entró antes al consultorio. Un día, sin embargo, tocó timbre y se encontró con que la puerta estaba cerrada con llave. Esta contingencia resultó enigmática y así puso en juego su fantasmática bajo transferencia y propulsó lo que sería luego el inicio del análisis. No obturar la emergencia de ese enigma explicando las razones por las cuales la puerta estaba cerrada, fue clave para que esta apertura al *S(A)* se produzca.

¿Podemos extender este aspecto de la neurosis obsesiva para pensar la lógica de grupo? Si entendemos que un grupo o colectivo está conformado por individuos que asumen un mismo objeto como ideal del yo¹⁵, entonces este responderá al régimen del todo. Esto sería así si no

tuviéramos en cuenta que el lugar del ideal es un lugar de enunciación y, en este sentido, hay maniobras posibles.

Así como se estableció que, en la dirección de la cura, el analista a veces encarna el lugar del ideal del yo para el sujeto obsesivo, permitiendo la aparición de la *tyché* que la apertura al régimen del no-todo se produce; de igual manera podríamos pensarlo para un colectivo. Desde el lugar del ideal, como postula Miller, puede producirse un discurso interpretativo y desmasificante que envíe a cada sujeto a la soledad de la relación con su propio ideal.

En esta conferencia, Miller lee la posición de Lacan a la hora de fundar su Escuela:

[...] avanza en la soledad de un sujeto que está en relación con una causa a defender y a promover. Avanza y se presenta no como un sujeto que se propone él mismo como Ideal sino como un sujeto que está en relación con un Ideal, como los otros a los que invita a alcanzarle en su Escuela.¹⁶

¿Podremos establecer así que, en la medida que quien encarna el lugar del ideal no se erige como tal, ni se erige como un yo ideal, sino que se muestra como un sujeto barrado, un colectivo puede estructurarse de otra manera? Eso es lo que parece desprenderse de la conferencia si seguimos los hilos que recorre Miller para trazar que tanto Freud como Lacan se encontraron solos en relación a su propia causa. No se trata de que el ideal deje de existir, sino de que en su lugar se ubique la causa freudiana que, por ser no universalizable, depende de lo que cada uno ubique allí.

Esto es lo que permite que un colectivo, en este caso la Escuela, se estructure en un régimen no-todo. Es decir, bajo una lógica inconsistente que, si bien arma una serie, es una serie donde la ley no está dada de antemano.

¹⁴ Miller, J. A. (2000) “Sesión y serie”, *La erótica del tiempo y otros textos*, Buenos Aires, Tres Haches, 2014, p. 71.

¹⁵ Miller, J. A. (2000) “Teoría de Turín acerca del sujeto de la Escuela” [en línea], Blog AMP, https://www.wapol.org/es/las_escuelas/TemplateArticulo.asp?intTipoPagina=4&intEdicion=1&intIdiomaPublicacion=1&intArticulo=291&intIdiomaArticulo=1&intPublicacion=10 [Consulta: 20 de abril de 2024].

¹⁶ *Ibíd.*

REPIQUE



DANIEL BARBEITO

Daniel Barbeito

Daniel Barbeito nace en Tarariras (Uruguay) en 1959.

Pintor autodidacta en su primera etapa, luego cursa la Escuela Nacional de Bellas Artes en Montevideo que se reabría luego de estar años clausurada por la dictadura.

Vivió en Estados Unidos, Suiza e Italia donde realizó una parte importante de su obra.

Dede 1995 reside en Colonia del Sacramento, Uruguay.

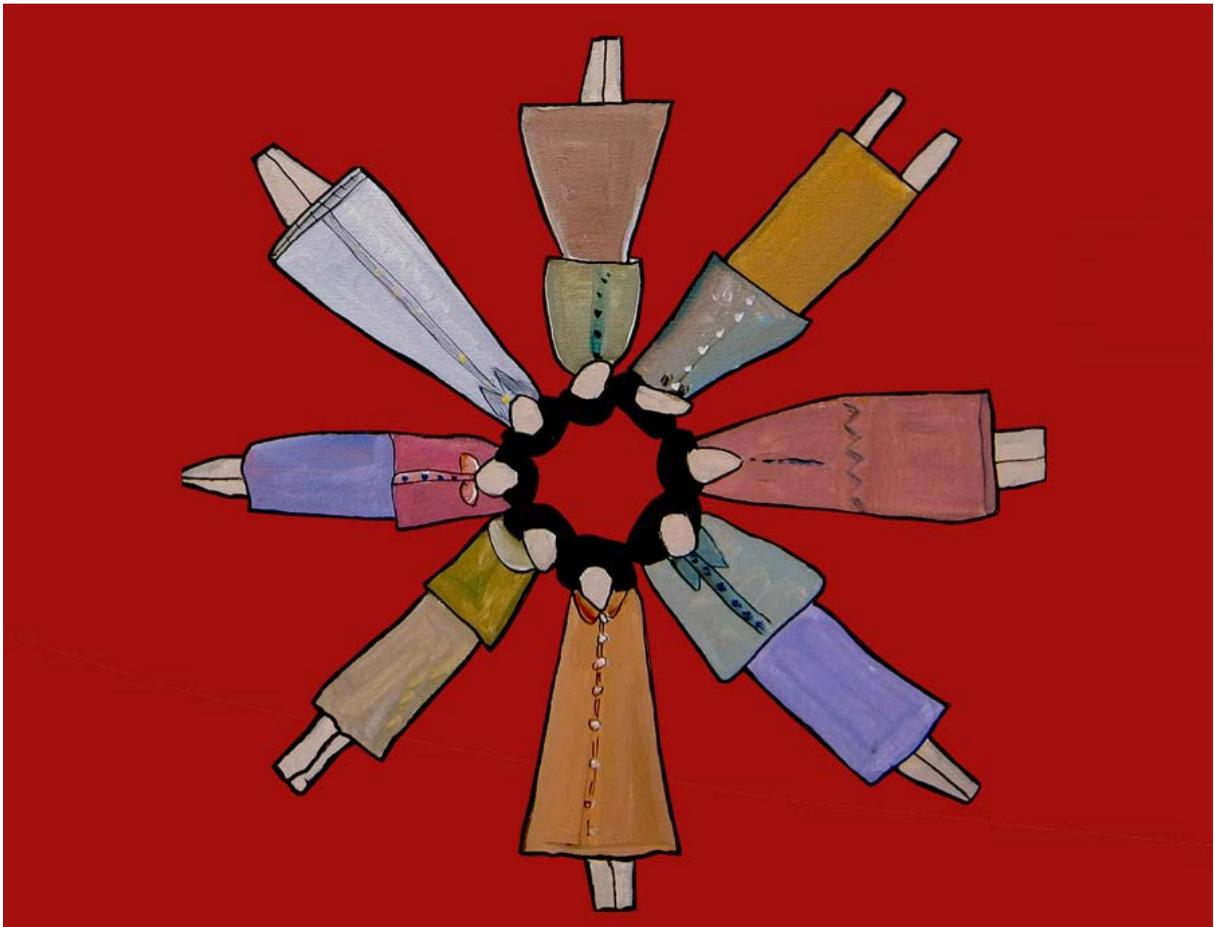
Pintor la mayoría de su tiempo, incursiona periódicamente en la escultura de ensamble, la ilustración y la escritura.

Contacto

www.dbarbeito.com

erberte@gmail.com

@BARBEITOARTE



REPIQUE